

Los huéspedes
deben llegar temprano

PREMIO LITERARIO
FUNDACIÓN DE LA CIUDAD
DE SANTA CLARA
2005

Los huéspedes deben llegar temprano

Félix Sánchez Rodríguez

Editorial
Capiro
Santa Clara
CUBA

Jurado:
Mirta Yáñez
Marcial Gala
Arnaldo Toledo

Edición: Edelmis Anoceto Vega
Perfil de colección y diseño: Leonardo Orozco
Ilustración de cubierta: Orozco
Corrección: Rebeca Murga Vicens
Mecacopia: Milagros Cabello

© Félix Sánchez Rodríguez, 2006
© Sobre la presente edición:
Editorial Capiro, 2006

ISBN: 959-265-105-1

Editorial Capiro:
Gaveta Postal 19, Santa Clara 1, Cuba, CP: 50100
E-mail: ecapiro@cenit.cult.cu / www.cubaliteraria.com

Este libro ha sido procesado en la Empresa Gráfica de Villa Clara y en el Taller Gráfico del Centro Provincial del Libro y la Literatura, en Santa Clara, en el mes de junio de 2006, la edición consta de 1000 ejemplares.

*A mi padre, que no se ha ido.
A mi madre, que nunca lo hará.*

*Conocí la memoria,
esa moneda que no es nunca la misma.*

JORGE LUIS BORGES

Bucaneros

Layda preguntó: «¿Pantalones?», sonriendo, recordando en el momento que sí, que podían quedar algunos en el fondo del closet, entre la ropa que ya no usábamos y de la que cada viernes extraíamos alguna pieza.

—¿Cuántos vamos a pedir por estos?

Era importante fijar un tope mínimo como entrada. Los guajiros también vivían el final de milenio, no se quedaban callados, regateaban, trataban de ablandarte: «Cada día se hace más difícil acopiarlo. Hay cercas nuevas, vigilantes a caballo, con escopetas y esos aparaticos que dicen *Adelante, cambio*». «Mire, esto es todo lo que tenemos, malamente nos da para el consumo». «Eso sí, es buenísimo y cocina que para qué...»

Doblé el periódico. Lo metí en el bolsillo del pantalón. Había otra piedra, una de esas piedras grandes, muy blancas, pero Norman no quiso sentarse. Deseaba que se vieran bien los pantalones desde la escuela, que los vieran la mujer, las restantes maestras, los alumnos, seguramente asomados por las persianas.

—A Layda le parecen bien diez.

—¿Por los dos?

—Por cada uno.

—Ah —silbó Norman y dijo que Layda, como estaba fuera de esto, no sabía nunca lo que se podía pedir. Yo debía traerla para que aprendiera, viese que esta gente no quería regalar su cosecha, no tenía entre sus propósitos que en la ciudad comiéramos mejor.

Me puse de pie casi de un brinco al escuchar el timbre de la escuela, y Norman no hizo menos, por poco llega hasta la puerta por donde debía salir la oleada de muchachos. Pero resultó ser solo un cambio de turno, y quienes salieron a los pasillos fueron los maestros. La mujer que nos había mirado insistente al llegar recostó una silla a la puerta de la dirección, sacó un pomo, una cuchara y empezó a comer. El espaldar de la silla casi rozaba la foto grande, al óleo, del héroe de la escuela. No era un rostro conocido, pero se trataba de un héroe, no había duda. Y eso me creaba un nerviosismo adicional, que trataba de disimular echando mano al periódico nuevamente.

—Ojalá nos dieran diez. Están bastante usados —dijo Norman acabando de revisar el pantalón, colocándoselo bajo el brazo.

—En caso extremo, ocho. Ni una menos.

Norman repitió: «ocho», y se encogió de hombros. Se acomodó uno de los pantalones nuevamente alrededor del cuello, y puso un pie en uno de los alambres de la cerca para estar más cómodo.

—Y luego a oírle la descarga a Layda, como cuando la cortina. Allá tú.

—No se puede comparar, Norman.

—No, claro. A nadie le interesó verdaderamente la cortina.

Tal vez tenía razón. Aquel viernes de la cortina habíamos andado poco, casi todo el tiempo estuvimos en el parquecito. Una mujer, que vivía en el edificio que nos quedaba detrás del parqueo de Bolaños, en su primer apartamento, la llevó, la probó en su baño, y nos la trajo. Mejor dicho, se la trajo a Norman. Norman era el que fungía también como responsable del banco, yo permanecía junto a él, respondiendo a las preguntas de los que se acercaban a mirar y elegir. Me había mantenido alejado, a la sombra, haciendo la vigilancia. Atento, no fuera a ser que algunos de los niños, los de tres o cuatro años, habituados a nuestros viajes del viernes, ágiles como demonios, nos robaran de las pistolas que ofrecíamos.

Las pistolas habían sido nuestra mejor mercancía, no existían dudas, mejor que los jabones, los perfumes, las peinetas, la cortina, estos pantalones escolares a los que ya les dedicábamos varios minutos inútiles.

Se fabricaban en máquinas inventadas, defectuosas. Algunas veces tenían el cañón algo curvo porque las habían sacado del molde aún caliente. Los padres casi nunca se fijaban en eso, pero los niños sí. Cualquier cosa puede estar mal en una pistola, pero su cañón debe ser recto para poder hacer «pan, pan, te maté», y tener la seguridad de que entre el ojo y la mira y el vaquero derribado del caballo,

pasa la línea tan recta del disparo, el recorrido predecible del proyectil.

Había terminado por fin ese bullicio que provoca todo cambio de turno escolar. Voces, regaños, el arrastrar de los pupitres. Un viejo pasó junto a nosotros empujando una carretilla con el nieto sentado sobre el saco. Cuando estuvo más cerca, el niño sacó una mano por sobre el borde de la carretilla, cuidando protegerse la cabeza, y nos disparó silenciosa, respetuosamente.

Norman se rió.

—No hay peor cuña que la del mismo palo.

—Vamos a tener que insistir con el Gallego para que nos pase otras pistolas.

En ese momento una racha de viento arrancó flores del tamarindo y levantó las dos patas del pantalón escolar que aún Norman mantenía sobre los hombros.

—Con más pistolas no tendríamos que traer estos pantalones de uso —refunfuñó.

No soportaba más, me dijo, sentía hambre. Tal vez se la había despertado la mujer con el pomo grande, de natilla o mermelada. Volvió más calmado del bar, con dos panes con croquetas para mí. Había averiguado de paso el horario del receso. No debíamos movernos, no faltarían más de diez minutos.

Dos niñas habían salido afuera de una de las aulas. La mayor cuchicheó algo a la otra y nos hizo una seña. Norman no la entendió bien. «Pregunta

que si tenemos sayas también», traduje. Norman les hizo un «No» grande, como un limpiaparabrisas de una rastra, un ras ras a un lado y a otro, dos veces, y las niñas desaparecieron.

La mujer del pomo de dulce salió al pasillo lateral, arrastrando sus piernas gordísimas, y volvió a su otra nave. Pero esta vez no nos miró. Ya estaba satisfecha, no había dejado nada en el pomo. La nave decía en un lateral: «Dirección». Le aseguré a Norman que ella ya lo había informado: «Allá afuera hay dos de esos que vienen los viernes», y desde allí, todas las maestras, la directora, la secretaria docente, no sé, toda esa gente que lleva una escuela, nos miraba a través de la persiana, nos censuraba. «Qué descarados, pantalones de uniformes». «Miren, eso sí debía prohibirse». «Pudieran ser hasta robados».

Antes de que eso ocurriera, yo había doblado uno de los pantalones, el mío. Había aceptado traerlos, tenía razón Norman, pero sin renunciar a mi teoría. Diferente de la de Norman, aunque en verdad yo había cedido finalmente, cada viernes iba cediendo.

—Compadre. No seas patético. Es un pantalón de tu hijo que ya no le sirve ni en la nariz, y tú, sabiendo que otros lo necesitan, lo traes. Una recirculación. Cómo te puede dar pena eso, todo lo contrario —Norman se había embullado con su discurso—. ¡Cuántos pantalones como esos deben de estar abandonados por ahí, perdiendo la oportunidad

de ser útiles? Mirándolo bien, nos mereceríamos un diploma, un reconocimiento. ¿Qué te parece?

Norman estaba impaciente otra vez. Si lo dejaba, no esperaría el receso, se presentaría en la Dirección, y con ese punto de vista tan romántico le propondría a la directora formar a los niños y decirles: «Alumnos, aquí hay dos compañeros que, sabiendo que tenemos algunos problemas con los pantalones de uniformes, han venido a ofrecernos dos. Vamos a recibir con un aplauso a estos compañeros que han viajado desde tan lejos». Luego Norman se adelantaría, por supuesto yo estaría detrás de la directora, rojo como un tomate, y les daría la «correspondiente información». Es decir, la talla, el largo, y algo promocional: «Están nuevos, son de mis dos sobrinos. Je, je, saben cómo crecen ustedes de un día para otro. Se les quedaron y hemos decidido que, si los traíamos aquí...» Ese era el plan de Norman, pero resultaba irrealizable. Ninguna directora aceptaría que en la misma plazoleta de los actos Norman pidiera silencio, agregara:

—Ahora vamos a hablar, ponernos de acuerdo.

Diría ese «ponernos de acuerdo» de modo tal que unos niños modernos, conocedores de cómo se preparaban en sus casas para los canjes de los viernes, de todos los datos estadísticos sobre aquella legión que traía a su pueblito de cinco calles pistolas, flores, pitos, jabones, sombreros, hasta una cortina de baño *made in USSR* (un objeto ya de cierto valor

arqueológico), entendieran que para seguir adelante, ser candidato lo mismo al talla doce que al catorce, había que concretar.

—¿Cuánto piden? ¡Eh, cuánto piden ustedes?

Norman no se mostraría interesado, una cuestión táctica. No es lo justo cuando se le ha presentando a uno como «compañeros que sabiendo la necesidad...»

—Diez.

—¿Diez? Mi mamá dio ocho la otra semana por uno nuevo.

—Aquí hay un señor, se llama Bolaños, que los ha traído a seis.

—Es que este año la cosecha no fue buena. En mi casa se recogieron nada más treinta sacos. Mi mamá no va a dar diez.

No, no habría directora que hiciera eso. Lo de Norman no prosperaría. Sonó el timbre.

Al fin salieron. Estuvo por debajo la demanda. Solo a dos les interesaban realmente. Norman hizo una reverencia, algo así como «váyanse a la mierda, brujas-mira-por-las-persianas, no se hagan las inocentes ni las grandes makarenkas», y nos fuimos otra vez al bar, como a prepararnos, acopiar provisiones para lo que nos esperaba. .

Por esos misterios de la memoria la dependiente me reconoció. Su hijo no había alcanzado pistolas el último viernes, llevaba una semana llorando. Tenía mala suerte, porque le ocurrió lo mismo antes con los pitos.

—¿No traerán llaves de lavamanos?

—No.

—¿Y termómetros?

Temí que Norman le dijera algo grosero a la pobre mujer necesitada simultáneamente de una pistola, de control del agua y de vigilar sus accesos de fiebre. Recordé que teníamos en casa dos termómetros, uno de ellos sin usar. Ni siquiera tendría que consultarlo con Layda.

—Termómetro es posible. ¿Dónde la veríamos?
¿Aquí mismo?

Norman averiguó con ella sobre las dos direcciones que nos habían dado. Una no tenía pérdida: el camino que va hasta el otro batey, al pasar una mata de mangos hilacha. La otra era más acá, en uno de los edificios, detrás de los bancos donde siempre nos ubicábamos los viernes.

No aceptó Norman que yo decidiese como hermano mayor y me beneficiara aprovechando los quince años que le llevaba. Nos sorteamos los itinerarios. Perdí apostando a la estrella. Me tocó el del edificio.

—Nos vemos en la salida. El camión que trajo a Bolaños se va a las doce, acuérdate.

—En la salida, sí. No te entretengas.

Caminamos juntos casi dos cuadras, luego Norman giró en una esquina, nos separamos. Lo vi avanzar por la calle enfangada. Sería un buen tramo, las distancias engañan en el campo, más con esos sembrados tan parejos y monótonos.

Acabé de acomodar mi pantalón en la jaba. Norman, más considerado, me había pedido el saco con lo acopiado hasta las diez, pero me opuse viendo que su recorrido sería al menos el más largo.

¿Habría alguien en la casa? ¿Cederían a la primera propuesta? ¿Cuántas libras aceptaría? ¿Qué le darían por los demás productos que llevaba? ¿Cuánto lograríamos en el canje?

(Imposibilitado lógicamente yo de saber las respuestas a estas preguntas, ya que nos habíamos bifurcado, como en el sendero borgiano, ofrezco ahora a Norman la condición de narrador en lo que sigue. Y marcaré luego, con un asterisco, para evitar confusión, el límite entre nuestras respectivas exposiciones)

*

Se quedó pensando que le hice trampa en el sorteo. Qué más da una casa o la otra. No hay nada en la mano nunca. Una simple dirección. Si el hijo no tiene una reputación de buen alumno sino de montador de yegua, un fugitivo perenne con destino al río, a matar yaguasas en estos pantanos, la madre hasta se aprovecha, mete un regaño por carambola, eso que llaman violencia familiar. «Yo le voy a dar pantalón. Ha desbaratado dos en las cercas».

Hay madres así, pero esta, Yanisey, incluso casada con el jefe de una de las brigadas de producción, nuevo en el plan, no es de esas. Me lo puso Brian, Brayán, es como suena, en el papelito. Un niño espabilado,

locuaz. A mi mamá casi nadie la conoce, nos mudamos para acá hace poco, pero pregunte, si se pierde, dónde vive Nano, el jefe de brigada Nano.

Me manda a pasar Yanisey. Está lavando, la blusa mojada le calca el ombligo, un hermoso agujerito de terminación fetal.

—Nano no viene hasta el mediodía.

Esta Yanisey vive un poco lejos de las casas, en pleno camino hacia el otro batey, pero además no sabe lo que pasa en dos kilómetros a la redonda, porque si lo supiera adivinaría nada más de verme la jaba, la gorra protectora para el sol. Esto de los viernes es asunto de mujeres, de la retaguardia. Si va algún padre es porque lo arrastra un niño embullado con las pistolas.

Reparo en que no hay sacos apilados en la sala.

—Su hijo me dio la dirección. Es que traigo un pantalón de escuela.

Cuando dos hermanos discuten siempre se saca algo bueno. Esto mismo de «pantalón de escuela». Antes que Alejandro me dijera lo de las dos filosofías, que las categorías expresan un contenido, en fin, que aquel era un pantalón de pionero y por tanto adquiriría por traslación —porque si A es igual a B y B es igual a C entonces A es igual a C — las propiedades pioneriles, no habría usado ese término tan respetuoso.

Yanisey va y se asoma a la ventana. Pone su oreja derecha en alineación auditiva con el camino, el cami-

no de mayo, que me ha puesto las botas como dos bolas de hierro de esas de los presidarios. No me dice: «a esta hora debe estar al llegar Nano», se exprime la blusa sobre el ombligo, se seca las manos, me demuestra que quiere ver el pantalón. ¿La doce? Sí, esa misma es la talla de Brian, Brayan, como se dice. Lo saco, le quito un poco las arrugas, instintivamente, quién se fija ahora en arrugas. Lo que hace ella tampoco es plancharlo, es ver si tiene algún zurcido disimulado, tirar de la tela para medir su probable podredumbre, raspar con la uña, cerrar un ojo y echarle una evaluación cromática, contarle los botones, las trabillas. Está embullada, se lo coloca delante, me permite así mirarle descaradamente a los pies, descubrirle uñas recortadas con cuidado, venecillas, pulposidad tobillar. Todo un lindo paisaje, altamente erótico, Yanisey. Pero no hay quien me baje de las diez. A diez es un regalo, coño, ni que uno fuera abastecedor, almacenero de Educación Municipal.

—Sí, esta bueno —dice ella y sonríe, y se inclina y mira por la ventana. Y entonces, como si hiciera un trabajo de clase, de esa asignatura que aquí estudian hasta los vejigos, «Cien maneras de ablandar a un canjeador», da un saltito, casi se pone en puntillas, aliciamente, y anuncia que va a darme café.

—Gracias. No tomo café, no se moleste. Es que se nos puede ir el camión.

Alejandro se ha perdido este derroche mío de disciplina. Le espeto que diez. ¿Diez? Sonrisa de desamparo. Conozco esa sonrisa, por una igual traje cuatro

viernes la cortina. No, no me va a decir que canjearon hace dos días por una bicicleta para Brian, Brayán, como se dice.

—¿Tiene otras cosas más?

Esa sí es nueva, dar ese salto temático. Un abandono del objetivo mayor, un repliegue para tomar posiciones secundarias, cercar. Táctica guerrillera que Yanisey conduce desde sus sandalias, sus piernas de piel tan tersa y pulida, desde su puesto de mando a medio acondicionar porque me lo ha dicho. La casa es vieja, vamos a ponerle fibro, cambiarle las ventanas. Saca una jarra de refresco del refrigerador. «No me diga que tampoco va a tomarse una limonada». Nano es nuevo en el plan y ella es nueva allí. Y esa unión de nuevitudes, a Alejandro le gustaría este rodeo mío, lo que da es que no tenga ahora ni veinte libras para el canje. Nano debe traer hoy. «Él está al frente del Grupo de Inspección y Autocontrol Diurno, un grupo abnegado, que no para. Tiene que dar el ejemplo. Dicen que el diez por ciento de la producción se desvía, por eso no se cumple el plan. Toneladas, casi toda la cosecha. Eso me parece mucho, ¿verdad?»

Le digo que sí con dos pestaños que verdaderamente me provoca la limonada, fría como carajo. No tengo idea de lo que será ese porciento. Tal vez el mismo Brian, Brayán, como se dice, podría sacarle la cuenta. Tiene cara de niño matemático. Pero el caso es que no he reulado con las diez y ella lo que está esperando es que le presente mi menú total.

—Jabones, champú, pozuelos con tapa... —Saco una muestra. Le añado al pozuelo la utilidad para Brian, Brayan, como se dice. Es lo mejor para llevar la merienda. También puede beneficiarse Nano. Si está en acción, emboscado el Grupo de Inspección y Autocontrol Diurno, en posición inabandonable, puede sacar el pozuelo (ideal para situaciones así, pues no hace tanto ruido delator como las cantimploras de aluminio).

Yaneisy tiene unos ojos tasadores. Sigo sacando cosas de la jaba. Cierro con el par de peinetas, la pintura de uñas, un cintillo de pelo cubierto con perlas terrestres.

—¿No tienen una cortina por casualidad?

Su santísima madre.

—No, no tenemos cortinas.

El café es un agente de disuasión de principiantes, Alejandro (ya te pasaré la voz cuando te toque, estate atento al asterisco). La limonada es lo mejor (o lo peor). Un cintillo en el pelo, una mujer, Yaneisy, la mamá de Brian, Brayan, como se dice. Ella misma, la esposa de Nano, que pregunta: «¿Cómo me queda el cintillo?», sabe que uno, ante ese susurro, esa presunción, sentirá que se le eleva todo (el alma, los apéndices), que la ventana puede cerrarse de un manotazo, que hay sabor a limonada en sus labios excavadores y felinos. Cae sentada sobre la lavadora (de mi estatura pélvica), que sí que no, que sí, me rozan la cara sus tobillos, sus venitas. Olvida el cintillo, jadea. Acabo, sigue, acaba ella. Acaba con los dos, Alejandro.

No le interesan algunas cosas, por ejemplo la peineta, la mitad de los jabones, el juego de yaquis.

—Brian se pondrá contento con el pantalón de pionero.

—De escuela —la corrijo mientras le ayudo a subirse el *zipper*.

*

Un viejo conocido este edificio, cómo no recordarlo si es el mismo donde vive la mujer de la cortina. Tropezó con ella. Se disculpa. Le digo que ya la canjeamos. ¿Por veinte? Oiga, si yo les daba treinta.

Miro el papelito, la letra de Norman. Pregunto: «¿Zoraida?» «Es en el segundo piso». «Sí, si me cae otra cortina francesa, señora, la veré sin falta, sí».

Subo. La puerta está cerrada. Toco, toco hasta que uno de los dos que grita allá dentro haga un alto y venga a abrir. Me abren, paso.

—Un momento, compañero. Un momentico, perdone.

Me da mala espina ese «compañero» que se reserva para asuntos estatales, para gente que hace censos, inspectores, funcionario de salud.

—El niño, su niño, me dijo que ustedes estaban interesados...

Saco a medias de la jaba una parte de la pieza color rojo vino para que complete la frase. Un color deslumbrante.

—Sí, un pantalón. Anjá. Ay, sí, qué bueno, compañero.

Oigo que alguien raja leña en otra habitación, dice coño. Son golpes de leñador inexperto. Van a empezar a gritar otra vez. Es otra mujer la que asoma la cara. Tiene un tizne en la nariz. «Fogón e pinga este». Es ella misma la que llama a la cordura, es decir, a que se acuerden de mí.

—¿Vio a Ernestico?

Supongo que es el niño.

—En la escuela. Él me envió, sí.

Zoraida, la madre, debe de ser ella, sale del cuarto. La vieja (la abuela, Norman, para que entiendas esto una vez que conversemos, nos contemos durante el viaje lo que ocurrió) tiene en las manos una tapa de caldero grande, semejante a un escudo vikingo, y ventila la hornilla y hace al humo dar un giro, entrar a la sala. Humo blanquísimo, denso, petrolado, Norman. La suerte de Layda es que la perestroika no empezó por las hornillas eléctricas. Destrucción de arriba hacia abajo. Primero el PCUS, luego el *vodka*, el *kbas*, y finalmente las hornillas eléctricas y las cortinas.

—Un momento, compañero. —Se vira: «Vas a ahogarnos, mamá».

Estoy sentado de frente al baño. Se levanta la cortina de naylon de sacos de abono. Cortina con un alto ph, fósforo, *Made in Canada*. Asoma una pistola plástica, bien conocida, luego el niño.

Me apunta con el cañón curvo, un tipo de cimitarra disparante. Me mira a los ojos. Hace «pan» y el disparo gira delante de mí y le da al búcaro sin flores, roto y pegado toscamente. El segundo disparo impacta en el corral, la cárcel diurna de la criatura, rebota y rompe la bombilla que cuelga por un lado de la lámpara privada de su tubo fluorescente.

—Ella se pone así con el fogón —dice Zoraida y revisa al niño, lo huele maternal, lo voltea, le pasa un papel, arriba, abajo, por si acaso se hizo caca.

—Como dan tãnganas esos fogones.

—Figúrese —dice ella. Un figúrese donde cabe todo—. Ya no tiene arreglo. Estamos esperando por uno de gas. El Plan quedó en resolverlo. Mi esposo, el papá del niño, trabajaba aquí en el Plan. Fundador.

Me vio que iba a decir un disparate: «¿Y se fue con las ventajas que tiene trabajar en este Plan?»

—Falleció hace dos meses. En un accidente. Trabajaba como un mulo, era vanguardia nacional.

Me ha dejado sin saber qué decir. Sigue hablando mientras le pone el short al niño. Es alérgica al humo. El petróleo la mata. Tiene hasta un certificado del dermatólogo acuñado en la Dirección Provincial.

—El fogón de gas es una maravilla.

—¿Él se lo probó, verdad?

Tardo un poco en caer en que se refiere al otro niño. Esto me pasa por permitirle a Norman ciertas cosas. Si yo hubiera decidido, como era mi derecho, sería él quien estaría ahora aquí, dando una solución

práctica al asunto. Ni Ernesto va a entrar ahora, no sale hasta la una de la escuela, ni Zoraida va a llamar por teléfono a la Dirección, a la maestra o la directora detectivesca, para verificarlo; ni la abuela, entretenida con la hornilla, va a repetir esa frase peneana, testicular, ahora vinculándola al pantalón. A ojo ella no va a saberlo, no se va a oponer con un «le quedará corto, el niño ha crecido mucho últimamente, Zoraida». «El pantalón de escuela no tiene que ser tan largo, señora».

No hace falta que me oiga decir esto. Hay algo que me mantiene callado. Zoraida espera que le diga que sí. El que calla, otorga. «Pobrecito, ha ido este curso con uno bastante descolorido, de un primo que ya está en la Universidad». Entra al cuarto a buscar las diez libras. Me deja solo con la vieja, que sigue haciendo señales a los indios cheyenne, y tratando de controlar al niño pistolero.

Lo del humo y el tizne no ha empezado hoy, se ve su larga huella en las paredes. Hay una foto en la pared, debe ser del difunto. Una foto, más que a su rostro, a su pecho, para que le queden prendidas al tiempo sus medallas, nadie mire a su cara sin afeitarse. La leña no cabe en la cocina tan pequeña, está apilada en una esquina donde debiera estar el televisor. El niño se sube en la leña, busca entre ella, se lleva algo a la boca, lo gira para acomodarlo a sus labios.

No, no tiene edad, pulmones aún para este tipo de pito folclórico, que imita el canto del sinsonte, que

requiere habilidades de saxofonista. Sopla y sopla (tiene razón Norman, debemos decírselo al fabricante, hay algunos que no suenan ni en boca de Fausto Papetti). Lo tira contra el piso.

—Mamá, tráeme un jarro —llama Zoraida insistente desde el cuarto.

La vieja entra al cuarto. Se demora. Sale, vuelve con un vaso de agua, regresa. Cuando vuelva otra vez no la verá. No me verá. Recogerá el pantalón de escuela de encima del sofá, le dirá a Zoraida que sí, que cómo no, que a Ernestico le queda pintado. Tal vez un poco corto, pero en un pantalón de escuela eso qué importa.

Volví a tropezar en la escalera con la mujer de la cortina. Un tropezón de persona mal educada o en huida.

Norman apareció tarde, cuando ya llevábamos rato tratando de arrancar el camión. Si no es por la tángana del camión hubiéramos tenido que esperar por él. Se me ocurrió en ese tiempo, mientras esperaba. Dos piedras medianas envueltas en un pantalón de Layda que nadie quiso canjear y vaciarle arriba las treinta o cuarenta libras. Conozco a Norman, es lo primero que me preguntaría.

De pronto se me ocurrió más, hasta darle su poco de envidia: «Doce libras». «¿Sin regatear?» «Eran gentes que no necesitan ponerse en eso. Oye, con tres-en-uno, video, juego de sala moderno. Un apartamento a todo meter».

—Te has espabilado. Qué bien. El próximo viernes no vas a necesitar de mí —dice Norman con una credulidad que me desconcierta.

La suerte hoy es que Bolaños conoce a todo el mundo aquí. Llamó a un guajiro que pasaba en un tractor. «Oye, Nano, dame un halón, compadre. Como están estos caminos, si nos coge el agua que va a caer...»

*

Cuando llego, ese tipo, el marido de Yaneisi, el tarrudo de Nano, está saludando a Bolaños, poniéndose de acuerdo, en lo del cable y algo más, porque se le mete en la cabina del camión, hablan allá dentro, y aprovecho y llamo a Alejandro. Ensayo, Stanislavski, me concentro, elijo el tono, le digo: «¿No me preguntas por la otra jaba?». Él abre la boca. «¿Dónde está? ¿Qué te pasó, Norman?» Me le arrimo, le pongo mi mejor cara de susto. Le digo que hable bajito para que Marcelo y Liuva no se den cuenta. Es su vocación, nos empezarían a bonchar.

Empiezo bien, no por Yaneisi, sino por explicarle muy misterioso, conspirativo, en qué consiste el Grupo de Inspección y Autocontrol Diurno, un acuerdo de los obreros, un reclamo cederista, sus amplias facultades para decomisar, meter multas, mandar a los tribunales, acabar con el relajo. Porque aquí lo que hay es un relajo, hermano.

—Coño, ¿tú ves? Ni un viernes más, esto se está complicando. Ya se lo dije a Layda.

Es el momento. No lo puedo dejar pasar.

—Fue saliendo de la casa. Suerte que tú tenías el saco. Lo habríamos perdido todo. Aquí no se han puesto para esa todavía, pero están allá, detrás del que entra o sale del otro batey.

El muy cabrón no tiene escapatoria, no tiene más remedio que creerme, está contento por sus doce libras, hasta aprovecha para una puya.

—No nos dieron mucha suerte los pantalones de pioneros.

—De escuela.

—Anjá de escuela —Sonríe. Lo sé, es capaz de contarle a Marcelo mi versión, pero no quiere despertar la alarma con la existencia del Grupo de Inspección y Autocontrol Diurno tan cerca, al acecho.

*

Salimos del tramo difícil, estamos en mayo, resbalando, avanzando en diagonal, el camión aún haciendo por apagarse, por rendirse. Nano nos dice adiós. Subimos por fin al terraplén.

El viejo de la carretilla se detiene en la esquina aunque va por la preferencial. Su nieto ya no lo acompaña.

Marcelo está sentado sobre su saco. Más de cien libras. Había tenido un buen canje. «Vamos a hacer el chequeo de emulación del día. Arriba, arriba, informen la verdad, que yo sé que aquí hay gente que...»

Y empezó a dar palmadas rítmicas, de músico del Batanga, el colmo del optimismo, del ánimo.

—Solo seis por cada uno. Quién aguanta a Layda hoy.

Acomodé mi saco. Miré hacia atrás. Acababan de soltar en la escuela, se veían allá como unas banderolas blancas y rojas desperdigándose, recortadas ahora sobre el fondo azul del cielo. Policromía vigilante y acusatoria.

—Voy a ver al Gallego esta noche. Es posible que nos pueda pasar unas pistolas a buen precio —dijo Norman acurrucándose a mi lado, cerrando los ojos.

El tren del jueves

«¿Para el tren del jueves?» Esta es una pregunta que sabiamente respondida te significa en los trenes este-oeste hoy día un descuento del 30% de la tarifa. Pero puedes decir: «No, para el del viernes» (existe toda esa libertad), y entonces, aunque mejores en la puntualidad, en la calidad del paisaje, en el servicio a bordo, el descuento es solo del 15%.

Soy muy testarudo. Estuve pagando la tarifa completa, encaprichado en llamar a ese tren «el tren del sábado» más o menos hasta mediados de diciembre. Hubo una secuencia muy larga de frentes fríos. Con la llegada del invierno, un asunto psicológico más que de temperaturas, la gente gusta de viajar en estos trenes de calefacción involuntaria. Los vagones empiezan a veranearse a partir de las diez de la mañana y ya a las dos no queda un abrigo en su sitio y las mujeres lucen felices sus escotes. Entonces los padres, previsores, sacan sus pomos de agua congelada para aplacar la sed insaciable, también psicológica, de sus hijos, quienes solo retiran sus ojos de las ventanillas, de esas vaquitas románticas y pensativas que contara Monterroso, para decir «yo quiero agua» o «quiero hacer pipi». Dos deseos más cercanos que lo que cualquiera creería, porque el servicio de agua está junto a los baños, y si ya se acabó la reserva de los pomos

congelados, hay que levantarse e ir hasta el extremo del vagón. Eso sucede en todos los trenes, lo mismo en el del jueves que en el del viernes, incluso en el del sábado, que, por correr en ese día especial, se esmera con algunas ventajas.

No son pocas las ventajas en este tren del sábado que algunos quisieran contagiar de fiesta y hasta adornar con motivos carnavalescos. Por ejemplo, un paisaje de sábado (de esos que caminan hacia atrás), además de la vaquita monterrosa, contiene siempre gente de campismo, pescadores fluviales, cazadores de torcazas, campesinos de ocasión volcados sobre los surcos de sus parcelas, esmerados en salvar del calor y la sequía sus plantaciones de arroz o frijol.

En verdad esta elección del tren del sábado, venciendo por estrecho margen al del jueves, no fue obra de mi espíritu cauteloso; la hice aconsejado por alguien como Tomás, quien labora en la línea este-oeste hace años y conoce muy bien de las interioridades, de las verdaderas cualidades de los trenes que nacen o pasan por mi pueblo tranquilamente en dirección a la capital.

Antes no teníamos ninguna de esas opciones. Luego de batallar con un atraso crónico, que parecía dictarles, cruel, la providencia, una posposición que sonrojaba a sus taquilleras y oficinistas y malgastaba la tiza en sus pizarras de anuncios a los viajeros, un anulamiento que nunca dio más resultados que el consuelo y la evaluación caritativa de la empresa

(«hacen todo el esfuerzo humanamente posible»), la línea este-oeste, movida por la racionalidad, concentró su atención en dos únicos viajes: uno el lunes y otro el jueves. Así nació, sin muchas alternativas, mi afición por el tren del jueves. Hablo de dos viajes físicos, reales, claro.

En mi pueblo, tan pendiente del acontecer ferroviario, fue necesario repetir esta novedad en los noticieros del mediodía y la tarde. Conociendo esa idiosincrasia colectiva, marcada indeleblemente por dos rieles que nos llegan desde el horizonte, con el sol, y se juntan ilusoriamente más allá de nuestras últimas palmas, como un cauce por el que corre el progreso, la Empresa diseñó un buen programa de Persuasión Social, con asesores extranjeros, y hubo hasta conferencia de prensa del Director. Dos periodistas especializados le sirvieron preguntas benévolas, nobles pretextos para sus respuestas tan profesionales y rotundas.

Desde ese día, en el viaje del lunes de la línea este-oeste —y bastará esta explicación para entender oportunamente lo de mi tren del jueves—, se realiza verdaderamente el viaje del sábado con 48 horas de atraso y el del domingo con 24. Así, ante la emergencia empresarial, auténtica causa de la iniciativa, putísima combinación de neoliberalismo y crisis energética, un solo tren cumple simultáneamente los tres itinerarios y son mucho menos probables los incumplimientos.

La aceptación del nuevo horario ha tenido todos los matices posibles. Basta hojear las muchas revistas que nos llegan (gracias a la línea este-oeste) para tener una idea de la aclamación. *La Hora de los sueños*, *La sílaba sibilina*, *El eco del hogar* (suscripción gratis para damas que viajen en tren). No es casual ese aluvión. Si alguien ha tomado esta maniobra de la línea este-oeste como un acto artístico, de vuelo posmodernista, que prueba la superioridad del hombre sobre el tiempo, han sido los escritores, sobre todo los novelistas, esos que suben a los coches únicamente a meditar y juran que Rulfo soñó Comala en un tren y que sin el tren de ciento doce vagones donde metieron los cadáveres de los obreros de la compañía bananera la historia grandiosa de Macondo sería una monografía de burdel. Si alguien ha expresado preocupación por esas semanas comprimidas han sido los vendedores que recorren los pasillos de los coches ofertando frutas y dulces frescos y que ahora andarán siempre acechados por la fermentación y las moscas. Si alguien ha aceptado: «Nos guste o no es una solución que ya hubiera envidiado Einstein» son esos que nunca se rebajarán a la promiscuidad de un vagón. Ellos eligieron el automóvil y la autocracia, y esperan en sus autos, con impaciencia, a que el tren, de andar privilegiado, les deje libre vía en los cruces a su prisa de guadores y salvadores del mundo.

Mucho ha aplaudido esta solución el Sindicato Ferroviario —su Secretario General ocupó asiento en

la pantalla nada menos que a la derecha del Director—, con su olfato para el bienestar obrero. «La línea este-oeste se ha colocado a la vanguardia del respeto de los derechos laborales». Con esa tela desfilaron por el andén entonando canciones proletarias. Sus afiliados, que deben preparar la salida del lunes (mecánicos, electricistas, fregadores), trabajan con más holgura pues saben que cuentan con 48 horas de reserva y que la verdadera puntualidad se les medirá, por una sencilla fórmula pitagórica, a las 6.15 del miércoles. Otra ventaja es que así las tripulaciones, responsables siempre de las grandes catástrofes, descansan un buen número de horas, alternan por el camino camas y amores, y esto eleva su estado de ánimo y su disciplina vial.

Lo más provechoso, sin embargo, y como es lógico en una línea de la experiencia de la este-oeste, tiene que ver directamente con nosotros los pasajeros. «Un pasajero no merece jamás el maltrato de una justificación», reza en letras rojas sobre la cenefa de la Estación Central desde la época de las panzudas calderas de vapor. El Director, a tono con esa tradición, cuidó de concentrar en nosotros los fundamentos de su nuevo programa, revolucionario, para la línea este-oeste. No hay almanaques, ni un solo reloj público en los salones, y los locutores radiales, al entrar a la estación, dejan fuera toda alusión al tiempo y zurcen los actos del día con el mismo hilo de la contemporaneidad.

Los pasajeros somos libres en toda la amplitud ferroviaria del término. Lloramos o cantamos en el andén, sin ningún sincronismo con el acontecer nacional. Subimos por cualquier puerta o ventanilla, dando un pequeño salto, consumiendo cada uno de los escalones o solo pulsando los pares. Empujamos delante o ascendemos a tracción paquetes que nadie pesa o revisa, huele o descose metiendo un dedo catador, como en esos trenes con atmósfera fascista. Nos sentamos indistintamente en cualquiera de los coches, los cercanos a la locomotora o al caboose, de acuerdo con nuestra prisa, y cuando coinciden en los asientos, como en mi caso, viajeros del tren del jueves con otros del viernes y del sábado, las conversaciones son muy animadas, verdaderas tertulias, pues los del sábado están más actualizados sobre el rodar del mundo y los del jueves acabaron de vivir esas experiencias y añaden un testimonio de primera mano que condimenta exquisitamente los diálogos.

En ocasiones exageramos un poco, es la verdad, se descorchan botellas de vino, se lascan blanquísimos quesos (cuidando ocultarlos de la mirada rumiante de las susodichas vaquitas monterrosas del paisaje), desenfundamos guitarras, cámaras fotográficas, libros, sobre todo novelas de gánsteres y de amor. Nos olvidamos, nos entretenemos conversando, y las ferromozas, con esa amabilidad que es atributo del gremio, deben interceder: «Se les informa a los pasajeros del jueves que llegaremos a Matanzas dentro de 42 horas». Al

oír esto (me mantengo lúcido casi siempre, bebo poco) he pensado, oponiéndome a eso que llamo «retórica informativa», que, si Matanzas está a solo unos doscientos kilómetros físicos de la Estación Central, no es necesaria, siquiera importante, esa sutileza. «Como si también no llegáramos los del viernes y el sábado, ¿no?»

No valdría la pena objetarles estas pequeñas cosas. Es así, un tren cumple ejemplarmente su reglamento, la línea tiene su LLF (Legislación de Línea Ferroviaria) y los del jueves llevan prioridad, ese trato, la consideración de la empresa. Tengo esa experiencia de los jueves, forma parte de mi sedimentada experiencia ferroviaria.

La última vez que viajé en un tren de la línea este-oeste, hice un viaje de jueves y alcancé merienda y ventanilla. Y nos invitaron a un espectáculo cultural en el coche once, donde solo se tenía acceso presentando el boleto con la especificación de la fecha. Tras las palabras inaugurales de un titiritero, dos alumnos de la escuela de arte interpretaron a piano y flauta una contradanza muy habanera, y para el cierre hubo algo de declamación de Neruda y un poco de rap. Eso y un 30% de descuento por impuntualidad no es poco, equilibra bien la piedra que, mientras viajes cuelga, de tu sensibilidad y de tu prisa, del viejo puente sobre algún río (la línea este-oeste tiene el Guinness en cuanto a puentes antiguos) donde caer es sinónimo de muerte.

La línea este-oeste ha instalado en la Estación Central, sobre la cenefa con el lema fundador, un portaestandarte de ocho tubos y pronto no cabrán allí las banderas y otros de sus muchos trofeos. Y, como pensando en que viajan en ella ciegos que perderían el mensaje visual, las anunciadoras de las partidas y llegadas dan una versión oral de esa tanta gloria. «Once de julio, la línea este-oeste recibe la bandera de mejor línea semirrural con locomotora diesel... Nueve de agosto, por decreto de la Dirección Ferroviaria Nacional se condecora a ...» En fin, es tanto lo que hemos mejorado, que uno ya casi ni titubea cuando la taquillera, con los tres tipos de talones en la mano, te mira y pregunta como la heladera que ofrece sabor de coco, mango o chocolate: «¿Para el tren del jueves?», pero prefiere, lo insinúa con cualquier recurso cicerónico, la blancura y la pureza.

—¿Para el tren del jueves? —ha preguntado ella rutinariamente en esta mañana.

Conozco a esta muchacha uniformada, la vi nacer y elegir a gusto, en rivalidad con otras candidatas, ese puesto laboral en la línea este-oeste. Me aparto simulando que leo algún texto nuevo en la pizarra del viajero. Hago como siempre, dejo a mi mujer la apariencia de decidir. Eso la alegra y la libra de sospechar cuando a solo seis kilómetros de la estación, ya borrosa la ciudad, adentrándonos en el bosque, le digo que voy al baño, no es nada, solo a orinar, o que el niño (viajamos con él porque su abuela está hace dos

días en el hospital) quiere mirar una de esas vaquitas pensantes y monterrosas. Con ese ardid tan sencillo y tradicional me paso escurridizo a algún vagón de los del martes. En los del martes siempre hay asientos, se consiguen dando una pequeña propina a las ferromozas a cargo de ese día.

No me alejo mucho de Aurora. Procuero apenas un vagón inmediato, próximo al suyo, de manera que, con un poco de esfuerzo, estirando el cuello, vea desde el pasado su cabellera un poco más joven, su nerviosismo todavía no tan senil. Mucho mejor todo si es uno de esos vagones que pese al frente frío de enero conserva la calidez vigorosa de los trenes del trópico.

Es en ese estado de comodidad, casi utopía, cuando mejor me siento en todo el viaje. Al extremo de que hoy, mi primer viaje en la línea este-oeste en este año, luego de su último proceso de perfeccionamiento, en familia, disfrutando la compañía de Aurora y José Luis, cierro la ventanilla de un golpe, escucho el susurro de la representante de la línea remozada.

—Hacemos una encuesta sobre la línea, sus servicios y la capacidad laboral de nuestro Director —se inclina sobre mí, me seduce con su perfume de jazmín.

—Es que soy un viajero del jueves.

Sonríe con ese don femenino de improvisar la complicidad.

—No importa. Es una encuesta general.

Espera junto a mi asiento. Hago cruces sobre sus sesenta y nueve «Síes», le devuelvo la planilla, la pluma. Me echo hacia un lado, le digo a José Luis que sí, que es posible que la vaquita monterrosa ya haya pasado hacia atrás como todo el paisaje, que lo apruebo, que vaya solo a hacer pipi, que ya es un hombrecito.

Tal vez extrañe un poco en los primeros días a Aurora, al niño, pero me acostumbraré. El tren del jueves, tenía razón el Director, rueda con un sosiego distinto. Ese que da saberse raudo, pulcro y sobre todo puntual.

Camino del río

Un término despectivo, así, racista, de oveja descarriada, no se me pudo ocurrir a mí, por supuesto, no tengo cabeza para eso, y tampoco para otras cosas complicadas como la Historia o las Matemáticas. Fue a mi hermano Daniel. Luego de darle las gracias al fiana, camino de casa, me puso una cara de fastidio, de cansancio, de hasta cuándo, como si hubiera descargado él solo una rastra de bloques de la construcción o terminara uno de esos viajes largos que hace a cada rato por todos los comercios del país.

Una, dos semanas fuera de la casa, y cuando vira, a la hora de comer, le dice a Papá, suspirando: «Estamos perdidos. Nos hundimos. Un descontrol del carajo en las empresas, viejo».

Yo estaba muy agradecido por lo que había hecho por mí esta vez Daniel, por el tiempo que me había dedicado, así que cuando refunfuñó: «Coño, chico, eres la oveja negra de la familia», no lo miré insolente, sino todo lo contrario, más o menos con esa admiración con la que se debe mirar a una oveja de ojos tiernos y blanca como el algodón. Subí y me senté muy callado en el asiento trasero del Mitsubishi.

En el viaje no hablamos nada más sobre lo ocurrido, me limité a mirar por la ventanilla del Mitsubishi, disfrutar ese placer del movimiento, contemplar desde

un ángulo nuevo a la gente que iba y venía, se paraba a tomar café, a maldecir, a saludar amigos, mientras él me demostraba, con su largo silencio, que pensaba en otras cosas más importantes y no le interesaba preguntarme por lo ocurrido, mucho menos darme alguna explicación sobre lo que es o significa ser una oveja negra.

Para un Mitsubishi ningún lugar está lejos, ningún barrio, es como si todos viviéramos en el mismo centro de la ciudad, pegados a las tiendas y las cafeterías. Llegamos en unos minutos. Le di un beso grande, muy sentimental a Mamá, a quien no veía desde el miércoles. Seguí hasta el cuarto y dejé a Daniel explicándole las razones de mi encierro y de mi libertad, ese equilibrio que hay entre la acusación y los atenuantes, las consideraciones: tu edad, tu amateurismo, tu buena conducta anterior, tu hogar, el hecho de que seas un extraño caso de oveja de color negro dentro del rebaño. Esto de la justicia, el equilibrio, los atenuantes, incluso lo del carácter educativo de un calabozo, por supuesto, tampoco se me pudo ocurrir a mí. Es algo que me ha pegado mi hermana Litsy. Ella es jurista y, por cierto, junto con Daniel, una de esas bellas ovejas blancas, virtuosas ovejas blancas que alegran a cualquier familia.

Daniel seguía hablando con Mamá. Me tomé medio pomo de agua fría, me desnudé y me metí bajo la ducha. A esa hora siempre tenemos agua en la ducha y me gusta empezar el día recién bañado, fresco.

Me restregué fuerte, con un jabón Lux que le regaló Daniel a Mamá por su cumpleaños. Ese maldito olor a basurero que hay en los calabozos lo tenía bien metido en la piel y en la nariz. Sentí cómo el torrente de espuma se llevaba un poco de mi mala noche, de mi negritud de oveja. Un decir, aunque sí me cepillé con cuidado, especialmente, sobre la tarántula. Una tarántula negriazul, un primor, una obra pictórica de gran arte (nadie te la dibuja hoy por menos de ocho dólares) que me acompaña desde los catorce.

Cuando me quité la camisa aquella vez para enseñársela a toda la familia, lo recuerdo ahora, ocurre cada vez que me baño, a quien primero impresionó fue a Papá. Era de suponerlo.

Papá, muy enérgico, muy isleño, cuando se impresiona negativamente no atina a hablar, es como si se ahogara con sus propias palabras gruesas. Estuvo en ese momento buscando un buen término para herirme, un término rotundo, de esos que te avergüenzan, te dejan clara la autoridad paterna, pero nada, no era su día. No esperé más, me puse el pulóver sin mangas, le di un trago de ron a Kike, que me esperaba en la sala, me metí en la cintura el cuchillo que esa mañana Litsy me había cogido para picar el pan (a ella, con todo lo oveja blanca que es, le encantan los cuchillos comandos), y todavía él no había dicho nada. Esperé disciplinado otro poco más, mirando de soslayo hacia un rincón, pero finalmente giré sobre un pie, el derecho, como hacen algunos

cantantes, y me marché. Mamá estaba presente pero no salió en su auxilio, no dijo nada tampoco, tal vez optó por analizar lo que había ocurrido un poco más serenamente, con esa paciencia suya.

A Kike sí lo sorprendí muchísimo con mi tarántula (no es una araña, como dijo Papá finalmente, sino una tarántula, pero él no sabe de estas cosas). No le había adelantado nada aquel día, que tenía el dinero, que iría a casa de Lisney para que me la hiciera. Kike fue mucho más elogioso y explícito, como amigo que es. No siempre es la escuela la que te da los mejores amigos, a Kike lo conocí una noche en el Círculo Social. Es un tipo noble, muy ocurrente.

—Je, je. Cuando El Lindo te vea se le va a salir la baba, Niño.

Kike me dice siempre Niño, no sé por qué, tal vez por mi físico endeble, tal vez porque me lleva como unos diez años. A ninguna de las ovejas de mi familia, blancas como la leche, blancas como la nieve recién caída, le dicen nombres así: Kike, El Lindo, Niño. Según ellos, según mi mamá, que es la que lleva la vanguardia en la pedagogía familiar, solo a unas ovejas negras se les podría llamar de ese modo.

Discutimos Mamá y yo cuando me dijo eso, estuvimos hablando sobre ese asunto de los nombres y las ovejas como una media hora. No perseguí ganar, fue una discusión para nada, solo para fastidiarla. Litsy había salido en mi ayuda. «No es un nombrete, es un alias, Mamá». Mi hermana Litsy, como jurista, tiene

un tremendo dominio de estas cosas. Ocurrió como cuando la tarántula, que no le importó tampoco a Litsy. A Mamá, obstinada, de todas formas, eso de alias le pareció demasiado fino, demasiado decente para identificar a ovejas descarriadas, del color de la noche.

—Son nombres vulgares, carcelarios. ¡Dios mío! ¿Verdad, Daniel?

Me molesté. No quise escuchar lo que opinaba Daniel. Tiré la puerta y me fui, porque yo sabía ya por donde venía Mamá. A ella lo que le ocurre verdaderamente es que no le gusta que yo ande con Kike y con El Lindo. El Lindo es un poco más joven que Kike y nació por allá por Santiago. Cuando vino a mi casa por primera vez, vestía, como siempre, él es así, un pantalón como una pancarta en japonés, llevaba un pañuelo de hilos dorados alrededor de la frente, y le colgaba una argolla en la oreja derecha. Pero nadie sabía aún que le decíamos El Lindo, y aún así Daniel, mal educado, ni lo saludó.

Estábamos los tres en la terraza, oyendo a Megadeth, en ambiente de rock, sin tragos siquiera, aprovechando unos casetes que le habían prestado a Kike, y Daniel se bajó del carro, así tieso, muy erguido, y solo dijo «hey» y esquivó uno a uno los pies del Kike y El Lindo para entrar a la casa.

—Mi hermano Daniel —le dije yo a El Lindo con cierto orgullo, porque vi en los ojos de El Lindo que me preguntaba quién era ese que entraba de tal

modo en la casa, con ese paso de oveja blanquísi-
ma. No lo hice por hipocresía, sino por una buena
razón, porque uno debe ser agradecido, sentir orgu-
llo por todas las ovejas blancas que el destino te ha
puesto alrededor. Más tratándose de Daniel, sin nin-
guna discusión el mejor ejemplar de oveja blanca
de nuestra familia, eso que los pastores llamarían la
guía del rebaño.

Esto del guía del rebaño no fue idea mía tam-
poco, mucho menos de Kike. Lo dijo riéndose ella, Litsy.
Litsy es del carajo, un poco zorra a veces. Ella tam-
bién está orgullosa de Daniel. Cuando la escucho
hablar, yo solo cierro los ojos, imagino el mundo como
un sitio ideal, el paraíso, un verde valle donde zum-
ban las abejas y las mariposas, y donde Dios pastorea
a sus ovejas sagradas. Daniel no nos falta nunca, va
puntual, impecable, a la cabeza de nuestro rebaño,
caminando seguro, abriendo la marcha. Papá y Mamá
lo escoltan, por supuesto. Es un cuadro conmovedor.
Los demás rebaños se apartan; los pastores, cautiva-
dos, hacen silencio, se descubren y se arrodillan a
nuestro paso.

Daniel ni mira para los lados, no ve a los pasto-
res, camina con un porte muy hidalgo, muy firme, y
sus pequeños ademanes son como órdenes para to-
das las ovejas-tíos, ovejas-primos, y, claro, para Papá,
Mamá y Litsy, quienes lo miran con devoción y se-
guro recuerdan lo que me han dicho siempre, que
desde pequeño, aún en la escuela, ya podía notarse

su inteligencia, vaticinarse lo que sería, el lugar al que llegaría, más temprano que tarde.

Sí, aquel día de la tarántula Papá no logró decir nada, pero Kike tuvo razón en lo de su preciosura y en lo que diría El Lindo. Lisney, el tatuador, es un maestro, y eso que entonces empezaba, no tenía casi clientes.

A El Lindo, como adivinó Kike, se le salió la baba cuando me la vio, pero qué va, ese no da su brazo a torcer nunca, se cuidó de elogiármela demasiado. No lo hizo, aunque ella lo merecía con creces. No se ve todos los días una tarántula así, negriazul, dibujada con muchísima escuela, los ojos saltones y negros, una de sus patas apretando desafiante un puñal casi de su mismo tamaño.

Esa pata fue noticia. «Una tarántula armada. Un culto a la violencia». Esto no lo dijo El Lindo, ni Litsy, siquiera el policía joven, de rostro somnoliento, que me abrió el calabozo y le vi en la mirada la justa admiración por una obra verdaderamente única. Ocurrió como un mes más tarde, al llegar Daniel, «hey» otra vez, y verme sin camisa, levantando mi palanqueta rústica en el patio, en mi sesión de ejercicios para fortalecer los bíceps y los tríceps y todos los músculos. En la vida hay que luchar duro y uno debe tener los músculos aptos para caminar, cargar, saltar, correr, nos ha dicho con su experiencia El Lindo.

Yo no estaba solo ese día. Kike y yo hicimos un alto para tomar agua y nos quedamos mirando el carro

de Daniel, un Mitsubishi plateado. Lo observamos por encima de la tapia, con esa cara de envidia con la que un par de desgraciadas, pobres ovejas negras se consolarían mirando lo que es capaz de conseguirse en la vida.

Hacía entonces más de una semana que no veíamos a El Lindo. El Lindo se perdía a veces tres o cuatro días y no sabíamos de él, si estaba para La Habana o cumpliendo alguna tarea de La Fórmula en Las Tunas o Camagüey. Tomaba el tren, una mochila al hombro, «bueno, compay», y era como si se lo hubiera tragado el mapa. Kike se fue, no molesto con Daniel ni nada, pero volvió sorpresivamente, para recogerme, a las cinco, en su bicicleta.

—Dice El Lindo que lo esperemos ahora mismo en casa de La Fórmula, Niño.

Me alegré con ese mensaje traído por Kike. No solo por saber de El Lindo, sino sobre todo porque veríamos a La Fórmula. Me gustaban los encuentros con La Fórmula, sentir su presencia perfumada. Ella era muy distinta a nosotros. A distancia, si no la oías soltando malas palabras, cagándose en las madres más disímiles, se le podía confundir con una actriz, una de esas hermosas ovejas de algodón. No era de por aquí, se había mudado recientemente para una casa de dos pisos en las afueras y manejaba un carro a nombre de cierto Franchesco. Franchesco la llamaba todas las semanas desde Nápoles para asuntos de trámites y esas cosas.

No sabíamos en verdad mucho acerca de La Fórmula, ni su nombre real, ni su edad. Nuestras relaciones con ella seguían ciertas leyes inviolables: no preguntar, no utilizar otro canal que el de El Lindo, puntualidad, confianza absoluta. Y Kike y yo, por supuesto, las cumplíamos.

Senté a Kike en la parrilla, tomé aire y a pedalear. Todavía era temprano, así que íbamos despacio, no solo porque marchábamos en subida, porque la bicicleta de Kike no es una de esas montañasas fenomenales.

En casa de La Fórmula no había nadie más esa tarde, excepto dos albañiles que terminaban de colocar unas lozas de barro en el patio y un muchacho que pintaba las rejas acabadas de colocar, y que se fueron casualmente al llegar nosotros. Entramos por el patio, como siempre. La Fórmula nos hizo pasar a uno de los cuartos del segundo piso. Un cuarto nada más en apariencia, para los visitantes, sin camas, con estantes en las paredes, mucha mercancía en el suelo, cajas de bebidas, tabaco de exportación.

—Vamos a esperar a El Lindo para ponernos de acuerdo los cuatro —dijo ella.

No le dijimos nada a La Fórmula que no fuera: «El Lindo nos mandó a buscar». La miré con disimulo. El pelo de La Fórmula es rubio natural, muy largo, difícil de imaginar en una oveja negra. Fue a la cocina. Pero al rato cruzó por el cuarto, apurada, secándose las manos en el short, sin mirarnos siquiera. «¿Qué le habrá pasado a El Lindo? Ya debía haber venido».

La Fórmula siguió para la sala, un poco nerviosa. Escuché que en ese momento justamente el motor de un automóvil se había apagado ante la casa.

Kike también lo oyó, y se puso a contar las cajas, apuntándolas con el dedo. A mí eso me pareció una imprudencia de Kike. Lo mejor en estos casos es no hacer nada, ni siquiera mirar. Kike estaba pegado a la otra pared. No podía escuchar las voces de La Fórmula y del que había llegado. No se trataba de El Lindo porque El Lindo es medio gago, y apenas conversa, solo dice «sí, sí» cuando le habla La Fórmula.

Pegué el oído a la pared, sin hacerle caso a Kike, que me miraba asustado. Escuché una tos. «Bueno, chico, lo que habíamos hablado, al mismo por ciento. Sí. Nosotros somos los que nos arriesgamos», oímos a La Fórmula.

Dejé de mirar a Kike. Estaba ahora en medio del valle, nuestro rebaño caminaba sin prisa. Y aquella voz, susurrante, inconfundible balido de oveja blanca como el algodón, como la leche, como la nieve recién caída, se elevó entonces un poco. Era lógico que lo hiciera, porque quería regatear, exigirle también a La Fórmula precaución, seleccionar bien a los distribuidores y los compradores.

Al parecer ya se habían puesto de acuerdo. La Fórmula se rió, dijo «Vamos, tú tienes amigos allí, conoces... No eres un cualquiera». Y a la voz que había

llegado le gustó aquel elogio, neutralizada también por esa risa linda de la Fórmula. Pero dijo que qué va, hacía poco los había visto para un lío de su hermano, y uno debía cuidar su imagen... Ellos, los policías, no son bobos, no...

Kike acabó de contar las cajas. Ya no podía oír nada más. Me acordé de El Lindo, de que uno no debe, en casa de La Fórmula, estar oyendo más de lo necesario. Recordé, más que el olor de la hierba fresca, el olor sucio del calabozo, al policía diciéndome: «Ahí está tu hermano», dándole una palmada familiar en el hombro a Daniel.

El automóvil arrancó. No importó la pared, vi el Mitsubishi girando en la otra calle, cómo su carrocería plateada desaparecía por entre los arbustos en el horizonte y cómo se apartaban corriendo las ovejas del rebaño camino del río, blanquísimas, lanudas, asustadas.

La Fórmula entró nuevamente al cuarto, pasados unos minutos.

La Fórmula, en el fondo, es bastante impresionante, una mujer al fin, solo eso, igual a Mamá y a Litsy. No iba a hacer como Kike que trató de aguantarme para que no volcara los estantes y solo provocó el pobre que lo empujara y lo golpeará duro. No miró a Kike, doblado, inmóvil sobre los vidrios, sobre las cajas pisoteadas, regadas por el piso.

Siquiera me miró a los ojos, buscando una explicación, adivinando qué yo haría después, qué le

debería contar ella a Daniel. Me había quitado el pulóver con ese fin. Vi cómo sus ojos solo seguían, maravillados, los movimientos vigorosos, coordinados, de mi hermosa tarántula negriazul. Luego se cubrió los oídos con ambas manos y comenzó a gritar.

Tal vez lo hizo porque no quería escuchar los balidos de terror de la oveja acorralada, amenazada por el puñal, tal vez ella era esa misma oveja indefensa, tal vez...

Extrainnings

Faltaban todavía tres horas. En este otro mundo, paralelo al estadio —seguro repleto, muy engalanado para la ocasión—, salía una manifestación a las calles de Caracas y zozobraba un carguero belga en las frías aguas del Báltico. Sucesos lejanos, sin importancia en medio de una discusión de campeonato. Las paradas estaban atestadas de gente que se adelantaba para asegurarse un buen asiento. Se le conocía por las gorras, los bolsos al hombro con las vituallas para la escapada.

Saludé a Zanabria, un fanático mayor. No faltaba a ningún juego importante. Cargaba a la espalda hoy un bolso descomunal de campista y también una sombrilla, por si acaso los últimos innings se producían a la luz del venidero día.

—Hoy va a pitchear el Gato Ortega —me dijo eufórico, levantándose un poquito en el asiento.

—Ellos tienen a Cabrera y al zurdo Blas, *El camión*. Ya le quitaron el yeso, hizo prácticas el lunes.

—Vamos a verlo. No escapará de esa curva endemoniada del Gato Ortega.

Zanabria buscó con la vista mi bolso.

—¿A qué hora merendamos?

—Si el Gato viene en su noche, a las nueve y treinta. Si hay empate, a las doce, sin importar el inning, ¿ok?

Bajábamos juntos a merendar en los juegos importantes, aprovechando los cambios en el equipo al bate. No hacíamos como esos que vienen realmente a ver lo que se ofrece en la barra y los kioscos, para comprarlo por cajas, y a insinuárseles a las gastronómicas divorciadas, pero sí nos tomábamos un jugo, comíamos algún bocadito. Si la hora acordada nos sorprendía en algún 3 y 2 decisivo, él me hacía una seña de aplazamiento. Era mejor en esos casos sacar los termos, pues cerraban los bares, y si el empate persistía nos llegaban deseos de desayunar.

La defensa y el pitcheo de ambos equipos, como se vaticinó, se comportaron a gran altura. Los primeros seis innings transcurrieron muy tensos, ajenos a los sobresaltos y las catástrofes del mundo exterior. A las nueve y veinticinco el Gato Ortega había permitido solo dos hits y gozaba de dos carreras de ventaja. Pero Zanabria me hizo una seña de recordación, «a las nueve y treinta», que fue como si en el banco de los Rojos la hubiesen tomado por una exhortación al despertar ofensivo, se lo reclamaran sus hinchas de la otra mitad del estadio. Cabrera acabó de complicarnos el innings con un toque legendario por tercera base, por la misma raya, y Blas hizo polvo uno de los bombillos de la torre del jardín derecho y entró al home triunfante, entre aplausos y el fuego artificial del chisporroteo de las luces de ese lado.

Lo comprendimos con mirarnos, comiéndonos las uñas, sin necesidad de palabras. El batazo de Blas

había significado el empate. Volvíamos al punto inicial. El juego se replegaba, empezaba a perder su ir y venir de cachumbambé.

Se esfumaron así los primeros quince innings. Le alcancé a Zanabria un pedazo de tamal. Vino a mí por entre los pocos espectadores del área de primera base, con un refresco, mientras el manager de nuestros Azules pedía tiempo para hacer un cambio, el de Manolito Linares en tercera, que se había quedado dormido de un tirón en posición de fildeo, por Demetrio Companioni, no tan bueno como el primero, pero acabado de levantarse, fresco y vigoroso, dispuesto a saludar el cielo del amanecer con una línea oportuna por el centerfield.

Con toda su frescura, Demetrio no hizo nada, no hicimos nada tampoco sus fanáticos. Un ligero amago en el inning treinta y ocho, dos hombres en bases en el cuarenta y siete. Retornó la monotonía de los ponches, el envío de más cascos azules fuera del estadio. En el inning sesenta y ocho oriné por cuarta vez. En una esquina, donde comienzan las columnas de las gradas, un muchacho se despertó, se restregó los ojos, me preguntó que cómo estaba el juego, se viró para el otro lado de su catre de papel y siguió roncando.

Le llevé café a Zanabria. Tampoco quiso subir ahora hasta la fila trece. No se sentía en ninguna mejor que en la segunda, y fieles cada uno a nuestros asientos, nunca aceptábamos sentarnos uno al lado del otro. Así nos habíamos conocido, una tarde en

que huíamos de un alud de noticias sobre el Sida y guardábamos como un hábito de buena suerte los asientos que hasta los restantes aficionados nos respetaban. Desde el suyo él veía en detalles el pivoteo de la segunda base, y yo, desde el mío, podía conocer los preparativos de cualquier squeeze-play con minutos de antelación.

Entre los innings ciento veintisiete y ciento sesenta y cinco la rutina del juego por poco nos hecha a dormir a los dos. Lo único distinto fue la lluvia breve de las cuatro de la tarde y la protesta a las siete del jardinero derecho de los Rojos ante Isidoro, el lanzador relevista, por un deadball considerado intencional. (Isidoro había entrado por De la Paz, que a su vez había relevado a Borroto en el inning treinta y dos tras haber sustituido él a Diego Jiménez en el diecisiete, quien había entrado al diamante por Ortega al producirse el crucial empate del sexto).

—El Gato Ortega estaba anteayer muy flojo, es la verdad —reconoció Zanabria haciendo una mueca de tristeza.

—Lo dejarán jugar mañana si hace falta.

—No será necesario que saquen al Gato Ortega. Verás que el juego no pasa de esta noche.

A las once el estómago me daba saltos. A Zanabria también. Me pidió el reverberito, lo escondió bajo el asiento, hizo una pantalla con dos periódicos y puso a calentar unos frijoles de lata. Con eso podríamos tirar hasta mañana.

Por la mañana debía ocurrir el desenlace. Uno alcanza un alto grado de intuición en las cosas del juego. Nos afeitamos para estar presentables en la ceremonia de premiación. El público había vuelto, colmaba las gradas, sabía que la victoria de un lado u otro iba a producirse. Estaban allí para escapar de aquel otro mundo acechado por un agujero en la capa de ozono y las pruebas nucleares.

Tania vino también. Solo para decirme con su carita asustada y feliz que había salido bien del parto, que teníamos al fin un varón y se llamaba Erasmo Luis, como yo quería.

Era lo que necesitábamos. El manager de los Azules miró hacia las gradas con arrogancia. Fue realmente un vistazo a mí y a Zanabria, luego le ordenó con una precisa señal a mi Erasmo Luis entrar por Moreno e impulsar la de la victoria. Bajé para verlo de cerca, recordarle la gran responsabilidad que asumía.

Desde tercera, Cuesta, en sus piernas la carrera de la ventaja decisiva, lo alentó con un grito: «Ahora o nunca, campeón». Fue una línea descomunal que picó en terreno de nadie, y, saltarina, se extendió hasta cerca de la pizarra. Tras esto solo faltaba cerrar a ritmo de vámonos para la casa. El Gato Ortega, en su tercer relevo, cumplió: ponchó a Cabrera, a Madrigal, a Dueñas, para que el estadio volviera a las coordenadas del viejo mundo, se viniera abajo en una explosión de júbilo y de sueño.

La última noche

Se bañó con una prontitud anhelante. Eligió un pulóver ajustado y los tenis nuevos, de suela ancha. Lo hizo todo con un aire que disimulaba muy bien sus cuarenta años y su verdadero amor, el que le reservaba a los cocteles caseros, a escuchar a Richard Clayderman en la tranquilidad de un patio, junto a un río apacible, bajo cocoteros. Berenice parecía tan feliz... Casi la increpó porque se demoraba ante el espejo, y ya la música que rodaba sobre el tejado era como un imán irresistible, que tiraba de cada una de sus moléculas arrojándolas a la calle.

A Berenice la satisfacía que en esos días de carnaval la complacieran con algo efectivo, absoluto, no escondido malamente bajo la disciplina del buen esposo. Ana Karla se había ido unos días a casa de su abuelo en el campo y Damiancito estaba en la beca, sin pase esta semana. Nadie los esperaría, nadie les exigiría una hora prudencial de regreso. Tenían una noche para ellos solos, para rememorar los años aquellos de los sesenta, las comparsas de la UJC, aprendiendo a conocerse más en medio de la locura del carnaval, él buscándola por encima de los gorros puntiagudos, los sombreros emplumados, entre los torpes muñeques, bailando chachachá, mozambique,

pilón. Todo con la resignación de que había que ganar la emulación, cumplir la tarea, y, para bailar, a fin de cuentas, en esta isla rítmica, solo hacían falta dos pies y un alto sentido del deber.

Salió al portal. Se sintió indefenso, pero eso no alteró su sonrisa premeditada. La esperaba, la esperaba. Berenice salió bailando, así cerró la puerta, coordinando caderas y manos, y lo arrastró a él hasta la acera. Bajaron de un salto a la calle (esa semana cerrada al tránsito, convertida en bulevar). Se marcharon, entre aquel desfile de los que, como ellos, preferían disfrutar la segunda hora y consideraban la madrugada como una condición imprescindible para la alegría que genera un último día de carnaval.

A propuesta de Berenice, siguieron por Libertad, como lo venían haciendo ya desde hacía diez años atrás. Giraron y la ocuparon a la altura de la Calle 3 para recorrerla mejor, íntegramente, escrutando, probando las ofertas de sus muchísimos quioscos, sus ranchones y sus tarimas. Ella también propuso esto, como las diez veces anteriores, y como tantas veces fue acordado, más bien aceptado por él sin objeciones. Violar ese esquema sería el riesgo de que algo no saliera tan bien como el año anterior y el anterior al anterior, y el anterior al anterior del anterior. Allí estaban los rústicos quioscos en la esquina, en los portales, los cantineros voluntarios, los cocineros sudorosos, el aire oliendo a ajíacos y tasajos, el vendedor de rositas de maíz rodeado de muchachos y de quienes no

habían podido desprenderse aún del amor a los cucuruchos y a los muñecos gigantes que les habían alegrado la infancia; y también el baño provisional, de dudosa decencia, estropeante del aire, donde el pudor no era el pudor casero, sino el pudor precario de una noche de carnaval.

Los hombres, luego de una perga de cerveza bien fría (aahhhhh), se orinaban casi en la misma puerta, con gestos infantiles, lanzando adrede su chorro sonoro contra el zinc.

—Oye, en la Calle 2 está ahora la orquesta Dimensión, la que toca *La frutabomba* —dijo ella deteniéndose brevemente.

Era una invitación, una determinación de Berenice, con ese encanto suyo, autoritario, irresistible, que él le reconocía.

A mitad de cuadra, pese al tropel que ya los antecedía, divisaron a los músicos de la popularísima Dimensión. Los altavoces irradiaban el grito de sus instrumentos. Bailaban ellos y también sus instrumentos, sacudidos todos por el mismo ritmo que hacía temblar la franja humana que cubría la calle y algunos portales posibles, y crujir la tarima (otras veces la habían montado sobre tanques, más sólida).

Acataron el nuevo rumbo, ser arrastrados por aquella multitud. Y a unos metros de la tarima empezaron a bailar ellos también. Fue un número largo, cíclico, tendente a lo infinito, de esos apropiados para enamorar, para intercambiar nombres en el primer

acorde y besos en el último; pero cruel si bailas con tu esposa, sin ningún secreto por descubrir y además sin la práctica adecuada para doce minutos de intensas, continuas, estúpidas sacudidas musculares. Calló esa reflexión que quizás hubiera disgustado a Berenice.

Se sumaron también a la algarabía de los bailarines, desinhibidos, felices, que aplaudieron la demostración memorable de la orquesta. Luego se alejaron, caminaron bajo un tendido de luces y tiras de colores, invirtieron media hora en la caza de cuatro cervezas, y él se tomó tres. Casi sin respirar, eran así más efectivas. Si querían bailar toda la noche, las necesitaba más. Tenía bien medido que cuatro era su número mágico: con cuatro podía enredarse victorioso con un merengue; con seis no sentiría rubor de dar brincos ante sus vecinos; con más de diez sería capaz de imitar a uno de esos muñecones cuadrados, con cara de Frankenstein, acompañar a los músicos en el escenario y hacer sus solos más obscenos ante dos mil personas que lo aplaudieran o lo silbaran, daría lo mismo para el caso. Conocer esto, lo que uno era capaz de hacer de acuerdo con lo bebido, era algo importante en cualquier noche de carnaval.

Volvieron a la tarima. *Amor nocturno*, solicitado frenéticamente por la multitud, hizo que bailaran más sueltos, girando, dando muchas vueltas y saltos. Fue un número sorprendente, híbrido, que abandonó su lirismo inicial y arrancó gritos de júbilo a lo largo de la

calle. Hasta lo tararearon ellos a plena voz: «Todas las manos arriba, todas las manos abajo...»

Cuando el cantante, delgado y gritón, lo pedía, parecía que una gran asamblea votaba el «sí», y las manos iban acompasadamente del cielo a los pies, de la tierra a los ángeles. Como en esas danzas míticas que se describen en *El último de los mohicanos*, recordó. Lo recordó, sin abrir la boca, alzando alternativamente uno y otro brazo, mirando los pechos danzarinnes de Berenice.

—Ay, papi, qué divertido —exclamó Berenice al acabar el número, pegándosele, abrazándolo por la cintura, sin un ligero asomo de fatiga.

—Una gran guanajería. Agobiante y estúpida, donde nosotros somos los... —intentó decir con lo que le quedaba de lucidez, y se alarmó. Miró a Berenice. No, no lo dijo finalmente, solo lo pensó. No hubiera sido acertado, inteligente, echar a perder así su última noche de carnaval.

—Es un número muy movido, con mucha sandunga —eso sí lo había dicho, y hasta había dado un saltito adicional para demostrarle que apenas sudaba, que él, luego de «Amor nocturno», también estaba listo para mayores empeños festivos.

A medianoche hubo un receso, el acostumbrado, no disgustó a nadie, era una hora especial, frontera entre el domingo y el lunes. Por detrás de la iglesia parroquial se alzó un haz de fuegos artificiales. Se sentaron en el contén de la acera. Una guagua pequeña

se llevó mientras tanto a la orquesta Dimensión y otra guagua más grande, refrigerada, se metió como una cuña entre los bailadores resistidos a no ceder sus centímetros cuadrados y vació sobre la tarima a una orquesta mayor, de unos veinticuatro músicos recién levantados, que asumirían la segunda parte de la distribución de aquella alegría desbordada. Eran músicos jóvenes, hábiles, acostumbrados a ese horario, que afinaron con esmero pero prontitud, algo que debía ser virtud de todos los músicos de relevo, sobre todo en una última noche de carnaval.

Mientras esperaban el debut de la Gran Banda, esa orquesta no podía ser otra que la Gran Banda, solo ellos tenían una guagua así, todo un hotel, tropezaron con Manolito Zoberón, el cajero de la empresa. Manolito ocupaba una buena posición junto a la cantina; tomó el billete que César le extendía y les compró cuatro cervezas más. Ya para esa parte de la noche, dijo él, y Berenice lo aprobó, se requería incrementar la frecuencia de la cerveza. Se meaba cantidad, je, je, je. El chorro contra la pared de zinc, y no hay nada peor que bailar por debajo del índice mínimo de aturdimiento, en condiciones de control ético de las coreografías que improvisarían los cantantes de Kiko y su safari loco (ese era el nombre que todos, hasta algunos presentadores, daban a la Gran Banda), emulando con los que les habían antecedido y entregado aquella multitud. Era un privilegio, así lo habían anunciado, un privilegio y una prueba de amor

al público lo que daban esta noche los miembros del «safari más musical del mundo» al aceptar venir a cerrar la noche apenas tres días después de su arribo al país procedentes de Canberra, donde habían hecho época con sus tambores y estribillos.

—Llegaron ayer de Australia —dijo Berenice.

—¿Qué? ¿Se divierten? ¿De verdad que se divierten? —preguntó Manolito con una cara de muchacho travieso que no era exactamente la suya de siempre, la conocida, la vista cada mañana a las siete antemeridiano, dando informaciones a los trabajadores, leyendo una noticia del periódico (Manolito encabezaba la sección sindical desde hacía cinco años), sino una cara como todas las otras de esa noche, empapada en sudor y sueño contenido, con el carnaval sintetizado en los ojos, es decir con el reflejo en las pupilas de ese nucleamiento musical, el forcejeo por adquirir una perga de cerveza, el saludo efusivo a las amistades que aparecían y desaparecían en la multitud mágica.

Berenice se apresuró y le dijo que sí por los dos, como si hubiera comprendido la razón de ese cambio en el rostro de Manolito. A él lo había dejado sin palabras. La miró y estuvo a punto de restregarse los ojos. Ya el maestro Kiko, torso semidesnudo, violín al hombro, se dirigía a todos ellos, pero no lo escuchaba. La cara de Berenice había adquirido también un singular parecido con la de Manolito. Lo que empezaba a ver en Berenice, y culpó de esto a la cerveza, tal vez las había bebido en demasía ya, era un rostro

sin signos, un rostro donde nadie podría encontrar huella de parentescos o de profesiones, un rostro hecho tal vez por la plantilla de lo que debía ser un rostro despreocupado y feliz de una última noche de carnaval.

Cuando regresaron a la tarima y bebían apurados sus cervezas, evitando les hirviesen en las manos, volvió a mirar a Berenice y sonrió menos asustado. Detrás de los músicos, como un hada tutelar, los diseñadores habían dibujado una descomunal bailarina de piel azul. Solo ahora había reparado en su existencia.

—Te pareces a esa muchacha que pintaron en la pared, allí en la tarima.

Ella se rió sin hacerle caso, contenta de aquel detalle que descubría su buen estado de ánimo.

—Y tú a Tito Gómez —dijo por reciprocarse, por decir algo semejante, y sonrió burlona. Pudo haberle dicho otro nombre cualquiera, pero sabía que para él aquella figura de esbelta ancianidad interpretando *Vereda tropical*, la orquesta Riverside tan comedida a sus espaldas, constituía el símbolo de una festividad decente.

Se abrazaron riendo. Una algarabía acababa de recibir a Kiko. Pusieron en el suelo las pergas vaciadas deprisa. Y la orquesta grande, la Gran Banda, el safari de la alegría, el safari del sabor, rompió su sesión privilegiada, ya adentrados en la madrugada. Lo hizo taimadamente, experta, con una pieza de apariencia

inofensiva, para parejas que preparasen el encuentro total, la entrega, al final de la noche. Pero luego, cuando todo hacía pensar que el cantante que apenas se movía iba a rematar con un «amooooor...» largo, sostenido, las baterías y las tumbadoras se rebelaron y las trompetas se soltaron y estremecieron la noche como si mil autos aceleraran y frenasen a la vez. Y Kiko cedió su liderazgo con un grito entre cosaco y caníbal. Y el cantante, transformado, agitando los brazos como lanzas emplumadas, empezó a ordenar: «el zapato derecho arriba» y después «la mano en la cabeza, adonde se va la cerveza», y después, más musical, «con el pañuelo en el aire, ay, titi, que este fuego arde...» Estribillos recién nacidos, improvisados, recién estrenados, inéditos, vírgenes, comprensibles, conmocionantes, un regalo para este pueblo bailador, un safari desplegado en la selva y al acoso de la fiera descubierta en su cubil, como si desde los grandes bafles negros partiesen hilos invisibles que moviesen los cuerpos, apartándolos del cerebro, introduciendo en ellos programas de absoluta fidelidad a la voz imperial del cantante que ahora, seguro de su control absoluto sobre las voluntades, indicaba: «a mi manera, a mi manera» y mostraba cómo apoyar la frente en el piso, cómo meterse el pañuelo entre las piernas con la velocidad de una Penélope en apuros.

El número acabó, dejándolos agotados. En el receso que vino tras él se les acercaron Manolito y su

mujer. Ahora ella, la mujer de Manolito, tenía también la cara de Berenice y de la muchacha pintada en la tarima, y seguía siendo igual a la de Manolito, que era la misma de Berenice, igual probablemente a la de él, la de Damián. ¿Acaso era esa una de las sorpresas del carnaval de ese año, que todos tuviesen en su última noche el mismo rostro? Iraldo, el del MINSAP, vino a saludarlo como si no lo viese desde hacía un año y le puso un jarro de cerveza fría en las manos ayudando a que pudiese ver con claridad, tras ese gesto, su cara, no de especialista en epidemiología, sino su rostro carnavalero, réplica del de Manolito y el suyo. Le pasó el jarro a Manolito y los presentó: «Mira, Manolito, un amigo del barrio». Este bebió del jarro con desespero, realizando a la vez unos extraños pasillos *a cappella* en los que nadie reparó porque los de la acera, y los tres solitarios cercanos, que vigilaban a las muchachas que se apartaban de sus abuelas, tenían el mismo rostro de Iraldo, y de él, y de Manolito. Miró a su alrededor, ya incapaz de otro sobresalto, y vio que ese mismo rostro había adquirido el baterista de la camisa azul sudada que se estaba rascando la espalda, y más allá, el viejito de los ostiones, y los callados y los más serios, y los bulliciosos que estaban haciendo de la multitud un cuerpo con un solo rostro repetido miles de veces.

—Ahora el jarrito arriba, ahora el jarrito abajo —tararé Iraldo riendo, mientras Manolito bebía, y Manolito le obedeció ágil, sin reparos. A sus espaldas

dos parejas los imitaron y la viejita del portal cercano entendió como una invitación atrevida el tarareo de Iraldo e hizo igual que Manolito, moviendo estrepitosamente sus tetas pesadas ante la risa cómplice de las nietas.

Iraldo se vació sobre la cabeza la cerveza que quedaba en el jarro, dio un grito y se alejó arrollando, dando palmadas, seguido por su novia que les decía adiós como si viajara en un tren. Manolito dio un traspíe, les dijo que seguiría, que caminaría cuatro cuabras hacia el oeste, buscando el Órgano Oriental, su favorito.

Berenice le pidió el pañuelo arrugado, abierto de flotar en el aire por orden del solista, del muchacho de los teclados, que era a quien más le gustaba mandar a cumplir sus caprichos. Quiso secarse el rostro, componerse, rescatarse.

—Tienes su misma cara azul —le dijo él al oído, como si le confesara un secreto.

La última pieza comenzó a las cinco. Anunciaron con tristeza, ofreciendo disculpas, que con ella se cerraba la actuación de la Gran Banda, y hubo un murmullo general de desaprobación. Iraldo, de vuelta, se apoyó en los hombros de alguien y gritó una palabrota que la situación hizo simpática y los músicos se rieron. El safari se esmeró en cerrar bien. Tenían solo cinco minutos para culminar aquel encanto. El número seleccionado debería funcionar como un enlace entre este carnaval y el próximo y debía

ser indeleble, capaz de persistir eternamente en los oídos de aquella multitud que vendría sin falta dentro de doce meses a su última noche.

El trompetista, alguien determinante en la brillantez del cierre, se dio un buche largo de la botella oculta tras uno de los baffles, y volvió y sopló duro y provocativo. Ante la insistencia del público, el maestro Kiko hizo una reverencia y les arrojó el violín. Sintieron a sus espaldas el forcejeo por alguna parte del instrumento. Y comenzó la gran cacería, la entrega del safari a su oficio. Los atriles, innecesarios ante tanta improvisación, parecieron sumarse al temblor delirante. El escenario de madera y cartón sonaba como un gigantesco instrumento de percusión, y tan pronto el cantante concluyó su «el carnaval de mi Cuba, compay, el carnavaaalllll...», el muchacho de los teclados —qué virtud para la autoridad— empezó a ordenar, con su fatídica facilidad improvisadora: «la camisa por fuera, a mi manera, a mi manera», intercalando como a la fuerza: «Lola, Lola, ¿por qué está sola mi Lola?» ¿Sería acaso ese el nombre de la muchacha de la tarima?

En ese momento dejó de percibir el rostro de Berenice. Algo pasaba con sus ojos: veía solo a una veintena de músicos autoritarios y alegres conduciéndole por el camino seductor de las luces, flotando todos sobre los adornos de las calles, bamboleantes, como una inmensa comparsa alocada que salía de la ciudad, tomaba otras calles secundarias, otros caminos y trillos, irrumpía en la costa, danzaba sobre

un mar de espuma de cerveza y algas rojas, y batir de palmas y alaridos de tambores eufóricos, rebeldes.

—Coño, qué lindo final —aplaudía Iraldo tambaleándose, sujetándose del brazo de su novia para evitar los efectos de la inercia.

Lograron salir de la masa que se había dispuesto a bloquear a la Gran Banda obligándola a un número infinito. Emergió él, luego Berenice, despeinada y descalza. Eran ya las seis. Se alejaron haciendo un esfuerzo, oponiéndose a la autoridad que aún flotaba indeleble sobre toda la manzana, antes que la guagua grande apareciera y se hiciera añicos contra la barrera humana.

El regreso no sería distinto sino como en los últimos diez años, apurados, dominados ambos por el abatimiento, con ese desgaste interior que solo sucede a los momentos de amor o de peligro. Otros los habían imitado. Se desgajaba de la multitud un segmento de esta, que se deslizaba calle abajo. Caminaban ahora entre las mismas parejas que los habían acompañado en la segunda y más importante parte de la noche, aquellas que habían elegido con acierto a la Gran Banda para ser más felices o simplemente para defender la disciplina del hogar. Manolito, también había escapado, los acompañó hasta dos cuadras de su casa, imperturbable el rostro repetido.

Manolito le dio un abrazo a cada uno, y Berenice tuvo que zafarle las manos atenzadoras.

—Cómo se te ocurre. Manolito es mi hermano, Berenice —argumentó él y Berenice se rió estrepitosamente y se le colgó del brazo dominada por el hipó.

Ambos, el viejito de los ostiones y el de las rositas de maíz, los reconocieron. Simplemente los sintieron sus cómplices de la madrugada, unos más, y los saludaron con una inclinación de cabeza. Fue en el momento justo en que se detenían ante la puerta de la casa. El número pintado de blanco era bien visible, subían por las columnas las florecidas enredaderas que Berenice regaba cada día.

Recostada a la pared, ya soñolienta, desfallecida, Berenice le pidió que acabara de abrir de una vez, por favor. Cerró los ojos esperando escuchar el sonido del viejo llavín como una autorización para entrar. Ahora, al final de la noche, solo su cuarto, la cama, parecían tener valor para ambos. Dormirían, repondrían fuerzas, se despertarían adelantada la mañana, harían el amor, descubrirían que eran nuevamente dueños de sus rostros, oirían en la radio hablar de la gran actuación de Kiko y su safari loco.

El sonido del llavín demoraba, Berenice abrió los ojos y vio que él permanecía inmóvil, como si no supiera qué hacer o no quisiera hacer nada. Se volvió, lo miró y sintió que no podía estar segura en ese momento de que él fuera Damián. Su rostro realmente podía ser el de Manolito, o el de Iraldo, o el del trompetista, incluso aquel otro rostro azul, sin sexo definido, de la muchacha de la tarima. Volvió a mirarlo y notó que

no, que era ya otro, y no parecía ninguno de los de aquella noche. Era un rostro cuadrado, animal, de muñecón de comparsa, en el cual brillaban aquellos dos ojos dorados y fantásticos.

No fue ella verdaderamente, sino la muchacha de la tarima, soñolienta, anhelante de una cama, la que atinó a despegarse de la pared y dio las palmadas rítmicas que le permitirían volver atrás: «...saca la llave, abre la puerta... que rica, que rica, pipo, la fiesta... saca...»

Lo hizo danzando, tan bien, tan entusiasmado, tan enérgico como el muchacho de los teclados, Iraldo o el propio Manolito.

El ruido del llavín fue simultáneo con el de uno de los cohetes de fuegos artificiales que alguien disparó desde una alta azotea y se abrió, a modo de despedida, en una lluvia de estrellas en el cielo aún oscuro. Fue simultáneo con el extraño aleteo que desprendió a la muchacha de la tarima del movimiento del brazo de Damián, obedientes, ciegos ambos.

La puerta se abrió de golpe y quedó trabada en la penumbra. Damián vio desde el dintel que la oficina estaba vacía, sobre uno de los buroes el periódico del que Manolito había leído cierta noticia sobre el éxito en Australia de Kiko y su safari loco. Solo faltaba él por marcharse. No tenía otra opción. Ese día sería el último del carnaval y Berenice lo esperaba.

Los huéspedes deben llegar temprano

I

En aquella mesa, cercana a la puerta, daban el aire proveniente del mar y la luz del sol, luego de infiltrarse por entre los árboles. Todo lo contrario de la mesa de ellos, la llamada número diez (ese mismo número se repetía en sus cuatro sillas de madera).

La cucharilla ejecutaba su segundo viaje. Apartó luego, esmeradamente, la nata hasta el borde del plato.

—Son huéspedes. Es lo que les sucede.

—Sí, se ve.

—¿Oíste? Mira, él no responderá nada, hija. ¿Sabes por qué? No, no lo sabes. Qué vas a saberlo, eres nueva aquí. Cómo vas a saberlo tú.

No era aquella la primera vez que coincidían ambas en el desayuno. Mientras hablaba, su compañera echaba miradas furtivas a la mesa del fondo, adonde no llegaba ni siquiera el aire de los dos ventiladores de techo, lentos y oscuros, y, más que siluetas, se divisaban algunas manchas cubiertas por un velo de penumbras.

—Ya se lo habrán contado antes.

—¿Contado? ¿Contado de qué? —tocó sus manos—. No, él cree que ella debió suponer, debió

adivinar que los manteles siempre alcanzan para ocho mesas, y, como ellos llegaron tarde, les ha tocado con mucha justicia esa, la diez. Ayer fue igual, mañana será igual. Es que los huéspedes deben llegar temprano. Para algo duermen tan cerca, ¿no?

Se quedó abstraída, mirando cómo la otra señora terminaba con la cucharilla, asentía con su brevísimo silencio. Un rayo de sol daba en el mango plateado de la cucharilla.

—Claro —dijo la primera señora y alzó ceremoniosa su taza de leche caliente.

Por encima de esta, de su tenue vapor ascendente, miró otra vez a los huéspedes: ella sin maquillar, la niña balanceando las piernas como una muñeca de trapo, él preocupado por alguna razón muy oculta.

Tomó una tostada y, al girar la cabeza, vio entonces que leían la carta, se consultaban y asentían con un teatral optimismo, como si la mesa hubiera cambiado de sitio, estuviera ahora en el privilegiado lugar de la dos o la tres...

II

—Oigan esto —dio la alarma entrando a zancadas en la cocina—. Pidieron mortadella, queso o huevos con jamón. A esta hora. ¡Le zumban!

Otra de las sirvientas que esperaba la tocó con el codo.

—Son humoristas, ¿no?

—No, no. ¿Saben qué pasa? El cine, hija, el cine. Ven películas de hoteles de lujo, de casinos, con millonarios de vacaciones en la Riviera francesa y ya, a venir aquí y pedirnos lo mismo, ser burgueses por un día.

—Locos.

—¿Locos? ¿Dices locos? Si fueran locos. Comemierdas.

—Gente desinformada. Con lo que se habla todos los días en la prensa del bloqueo y esas cosas.

—¿Cuántos? ¿Cuatro? —preguntaron del otro lado del mostrador.

—Tres. Un matrimonio y una niña. Una niña de dos o tres años, un angelito.

—Pobre niña.

Sintió otro codo. La sirvienta que salía al salón llevando la cesta de pan, experimentada ella, llevaba casi seis años allí.

—Cuidado no te rompa una copa —aminoró el paso—. Los vejigos la hacen siempre. Dile a Giselle que te cuente, dile, pregúntale si no me crees.

—Tuve esa precaución —dijo como dando las gracias. Reparó en la cantidad de tostadas. Las contó y devolvió la bandeja a la mesa.

—Son dobles.

Fregaban. El agua salía ruidosa, azuzando los nervios.

—¿Las tostadas? Sí, deben estar locos. ¿De dónde salieron esos? Seis tostadas a esta hora. ¿Qué más?

—Café —respondió tímidamente, hurgando otra vez en el bloc de notas garabateado por un lápiz muy claro.

—Me gusta este hotel. *I love it* —dijo burlona la que fregaba, tarareando un bolero, sacudiendo la cabeza como para que no pasaran inadvertidos para ninguna de ellas sus fulgurantes aretes.

III

—Tenemos de plazo hasta hoy, sí —había dicho él, rendido, sentándose en la cama. Estuvo mirando apesadumbrado a la niña dormida, al teléfono que tal vez levantaría cinco minutos después de las diez.

Ella, con la carta en las manos, atenta a los horarios, lo apremiaba desde la puerta, casi llorosa.

Preparaban la bandeja con el pedido. Metió la cabeza para mirar el reloj del salón. Una de ellas describía muy minuciosa y sensual al italiano que ya había hecho feliz a su hermana. Una fea cabeza, torso rechoncho y descolorido, pero una hermosa billetera de piel. Nápoles, fotos en Roma, paseos por los canales de Venecia. La familia también haría el viaje, simbólicamente, un adelanto, fíjense en estos aretes, ¿qué creen?

—Son preciosos.

—¿Qué hora es? No veo bien.

—De Nápoles, sí, sesentón, medio tarambana, pero podrido en dinero y baila salsa como un trastornado, ji, ji ...

—Siete y treinta y cinco —dijo la otra interrumpiendo.

—Oigan eso. Casi las ocho. ¿Y esas son horas de pedir café? ¡Qué relajó! ¡Qué desconsideración!

A pesar de la protesta buscó en la jarra y logró salvar de su ira el contenido de dos tazas.

—Para dos exactos. Frío. Café de penalti —sonrió perversa. En su pre en el campo no le gustaba la gimnasia rítmica, pateaba un balón de fútbol como los muchachos del equipo de su grado.

—¿Tres refrescos también? —preguntó alguien de detrás de uno de los estantes, sin una transición entre la sonrisa y el pedido y el estruendo de los platos al caer en el agua espumosa.

IV

—Leche. Pidieron leche —insistió ante los murmullos incrédulos—. *Milk, malakó* —dijo metiendo la cabeza por la ventanilla. Y repitió cuatro veces el pedido, como para que no hubiese dudas. Entre uno y otro pudo añadirle que el padre, él, padecía de úlcera y la niña estaba en la edad del crecimiento y ya el pediatra le había señalado pérdida de peso, amenaza de enanismo, bonsái humano. Un argumento irresistible. Ella se esforzaba por asimilarlo.

—Mundo, mundo. Un día me voy de aquí. ¿Qué documental de la Organización Mundial de la Salud vieron estos anoche?

Asomó ella la cabeza como réplica. Una cabeza despeinada, sin el gorro reglamentario. Se iría. No era ninguna vieja condenada a luchar con este calor y esta gente desconsiderada. Tenía presencia y el bachillerato concluido. En los hoteles por inaugurar este año esperaban por ella. Divisa, propina, buen almuerzo, y jabitas mensuales con objetos de aseo, viaje en ómnibus refrigerados, leyendo revistas de modas y escuchando a Cristina Aguilera. ¿Qué más pedir?

Ella, que no sabe del diálogo futuro entre las dos señoras y el movimiento de la cucharita plateada, que no adivina lo que conversan detrás de las puertas y tiene esa paciencia materna, accede.

—Sí, trataremos que comas pollo en el almuerzo, hija —dice y ve que él toma indeciso el teléfono y espera una señal exterior para el acto de marcar. La señal exterior puede ser ese murmullo al final del pasillo, junto a la cerca que separa a las cabañas de la calle.

—Lléales el refresco. Diles que ni esperen, ni sueñen, ni se saboreen, que saquemos leche para los primeros, y los huéspedes, ya lo saben ellos, deben llegar temprano.

Había tomado la nota. Saltaba sobre ella. Dos, tres, cuatro. Se ríe. Los tenis acuñan con una tinta carmelita el pedido humillado.

—Díselo así mismo, a esos dormilones. Díselo, anda.

Atravesó el salón. A la derecha, en el sitio que le habían enseñado en la escuela. Corrigió su lacito

antes de tomar los platos. La mujer sentaba a la niña, la regañaba por sus manos sucias, jugar con el búcaro metiéndose dentro como si fuese una flor. Le dijo algo a la mujer sobre el búcaro, valía quinientos pesos. Podía esconder las copas, el búcaro no. No era barro, lo habían traído de China, señora, bueno, al menos eso les decía todas las mañanas el administrador.

—De porcelana, carísimo, señora.

—Somos huéspedes —dice ella. Lo ha dicho también al verlo indeciso, el teléfono en una mano y la otra entreabriendo las persianas.

Sonrió a ambos. Sonrisa evaluada de cinco puntos, calificable de «mi trabajo es usted». La ensayaba ante un espejo los lunes. Una sorpresa que prolongaría su explicación.

—Precisamente. Si la niña anduviese con esas señoras que entraron por la cola, aquellas que usted ve allí, no pasaría nada. Con los huéspedes es distinto, están acogidos al reglamento. Tienen todos la ventaja del reglamento.

Acabó de colocar las tostadas y los refrescos.

—Tres tostadas con mantequilla. Creí leer... —murmuró el hombre con esa euforia agónica de la derrota, replegándose hacia su reducido dormitorio de huésped.

—Para la niña habíamos pedido jamón. Estaba embullada con eso de que conocería el jamón —dijo la mujer con osadía, como si por debajo de la mesa sostuviera ella un objeto para golpear, un pedazo de

búcaro, una pata de alguna cama de las habitaciones, uno de esos abridores con sacacorchos que en algunas películas ha visto hendido en el pecho de la víctima.

El hombre tuvo como un brusco mareo. Cerró los ojos. Su cara desapareció detrás de la servilleta. La mujer, consecuente con su asomo de valentía, se defendió con la carta, su único recurso legal. La niña colgaba de uno de sus brazos, en la otra ella abanicaba la carta amenazando con arrojarla a la calle.

V

—Pensamos que la carta... —susurró él otra vez.

Ajustó su lazo nuevamente. Respiró con fastidio. Levantó la vista, su mejor posición, heráldica y palaciega.

—Lo habíamos leído aquí. Vea —trató de explicarle la mujer.

—Abrimos a las siete. ¿Ustedes no sabían que abríamos a las siete? Si no pasan primero qué derecho tienen.

Recordó algunos temas recibidos para elevar su preparación, entender la confrontación Norte-Sur, la escasez de cacao y el fracaso de la II Internacional.

—Todos madrugan, cogen un buen puesto. Nuestra sociedad no puede estimular a los holgazanes. Nos hundiríamos, no es suposición ni pesimismo, ya les pasó a los rusos, a los checos...

Les dio la espalda. Desapareció tragada por las dos puertas azules, dos alas que al batir los alejaban todavía más de la tierra.

VI

La señora había depositado la taza, vuelto a su labor paciente de ensartar con el tenedor los pedacitos de jamón.

—Son huéspedes, es verdad.

—¡Qué te decía! La peor carta de la baraja.

—Me da pena.

—¿Con ella?

—No. Con la niña mayormente. Es una lástima...

Veía a la niña con los dientes apretados, terca, y a la madre tocando a esa puerta bloqueada con sus tiernos avioncitos, aeróstatos, naves espaciales, que en forma de tostadas volaban sobre la mesa una y otra vez.

—¿Pena? ¿Por qué pena? —se limpió los labios y puso sus manos sobre las piernas—. Un par de padres irresponsables. Primero acatan ser huéspedes y luego no tienen la disciplina necesaria para estar a la hora de abrir. Mira, esto lo aprendí hace mucho tiempo, en una revista muy seria: ser huésped es una actividad verdaderamente correccional. Un entrenamiento. ¿Sabías que hay países donde antes de llamarte a las filas del ejército o las milicias te hacen ir de huésped seis o siete veces? Una vez que ya has alcanzado

una adecuada comprensión de la puntualidad y las privaciones —piedra angular de la vida cuartelaria—, entonces es que te reclutan. Así mismo. Una revista seria, no puedo recordar ahora su nombre.

—No sucederían estas cosas hoy.

—Ay, hija. Cuánto debemos aprender del mundo civilizado... ¡Cuánto!

VII

Ella se veía alterada, apretando innecesariamente, rabiosa, una manito de la niña. Con la otra sostenía la carta.

—Fue un descuido tuyo.

—De los dos. Tal vez estaba partida ya —dice él y sufre por el rostro censor, acusador de la mujer que ahora sale del baño silbando. La ve en el espejo.

Ya no hablaban del extranjero sesentón, varicoso y próspero. Tiró la bandeja sobre los platos sucios y vio que todos se preparaban para oírle.

—A que no saben lo que hablaban hoy esos, los de la diez.

En su labor anónima de servir el agua, espiaba, obtenía informaciones adicionales que luego distribuía equitativamente.

—¿Los huéspedes?

—Anjá. ¿Saben de qué? Una catástrofe. No dieron los pasos normados para este tipo de habitación pequeña o se acostaron pornográficamente, como si

estuvieran en su casa, y para el suelo. Catapún. Partieron una pata de la cama. Ja, ja, ja. Catapún. Cataplán. Al suelo. Lo que les faltaba. Ja, ja.

—Bestias.

—Seguro se embullaron, se pusieron a...

La que fregaba alzó un guante rojo, chorreante de espuma e hizo como si torciera el cuello a un pollo.

—¿Por qué no les diste un susto, un buen susto?

Se dobló sobre la mesa de aluminio y empezó a servir el dulce de las dos señoras.

—¿No les hiciste «coco, cu, cu, cuuuu»? No, no lo creo.

Ella, la que sacudía los platos, se ahogaba de risa.

—¿De verdad que no les diste el susto?

—Que se enteren en la carpeta. Es el mejor momento, allí, cuando les pasan el expediente con la acusación del ama de llaves, las declaraciones de los testigos...

La que servía el agua entró y fue hasta ella.

—Yo los oí también. Por poco no puedo aguantar y suelto la carcajada.

—Están desesperados —se asomó una al abrirse las puertas azules.

—No digo yo. Seguro va a pedirle al administrador que le permita repararla. Irá a buscar sus herramientas a la casa. Oí que se lo decía a la mujer.

—¿Lejos?

—A Matanzas. Volverá el lunes por tren.

—¿Y la mujer y la niña?

—Lo esperarán aquí. Acogieron este viaje de él con mucha resignación. Creo que llegarán a ser unos huéspedes excelentes algún día. No me lo parecían al principio, pero miren, uno no debe guiarse nunca por las apariencias, qué va.

VIII

Todavía no habían dado las diez, ni las señoras se habían marchado, ni una de las sirvientas había recorrido las habitaciones descubriendo la cama rota, alertando de las pocas raciones de pollo que tendrían hoy para el almuerzo. Ella, la primera señora, sonrió al tomar el platillo con el tocinillo del cielo.

—¿Qué te dije? Se les veía clarísimo, por encima de la ropa.

—Huéspedes, sí. Qué remedio.

—¿Qué alcanzaron? —preguntó la otra señora caritativa.

—Tostadas y refresco —les informó la sirvienta—. No pueden quejarse. No han querido madrugar nunca. Cinco días así, en esa mesa, probando, huyendo, acobardados...

—¿Qué barbaridad! Y con una niña. Esa soberbia a costa de un hijo.

—Hay cada padres...

—¿Por qué no la llama y le brindamos leche? O mire, mejor llévesela usted misma.

—Dígale que es una donación de nuestra mesa. Gracias, muchas gracias.

IX

Avanza hacia la mesa diez con la taza. Cierra ella la persiana. Se sientan en la cama. Él espera su «Sí» definitivo. La señora saborea el tocinillo del cielo. No tiene derecho a decidir por los tres. No se siente tampoco con fuerzas para resistir. Hubo un descarrilamiento cerca del hotel, los trenes para Matanzas fueron anulados hasta nuevo aviso.

—Todo el entrenamiento, sí —dice por teléfono. Vuelve a mirarla, como si la consultara—. Sí, mi esposa y la niña también.

Cuelga, luego de preguntar, de esclarecer algún error que han detectado en su ficha con los datos personales. Se prende en la solapa el número de identificación, y hace un giro y saluda solemne, alzando adecuadamente la barbilla. Lleva al cinto el abridor de tirabuzón y la pata desprendida de la cama, una buena maza cuadrada.

Abre la puerta. La señora que comía del tocinillo entra y le desea suerte. Se adaptarán, mírenla a ella. Muy bien por la maza, muy bien. Ahora se trata de seguir al pie de la letra todas las indicaciones, prepararse. No, no debe discutir con los profesores. Los uniformados, y sobre todo esos con un lacito negro al cuello, son de una altísima categoría y muy muy rigurosos en la evaluación.

Índice

- 11 Bucaneros
- 33 El tren del jueves
- 43 Camino del río
- 55 Extrairnings
- 61 La última noche
- 77 Los huéspedes deben llegar temprano

